

CRISTIANDAD

Año XVII - Núm. 353

BARCELONA

Julio 1960

Depto. legal. B. 15.860.-1958

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SUMARIO

EDITORIAL

**DOCTRINA SOCIAL CATÓLICA
Y CIENCIAS ECONÓMICAS**

Elsa Hoerler

**EXIGENCIA DE UN NUEVO
HISPANO-AMERICANISMO**

Ramón Mulleras

FILOSOFÍA Y POESÍA

Emilio Velasco, S. I.

**ANTE EL PROXIMO CONGRESO
EUCARÍSTICO DE MUNICH**

Martirián Brunsó, Pbro.

PERSPECTIVAS DE CRISTIANDAD

Jesús Sainz Mazpuie

EL CATOLICO Y LA POLITICA

J. C. de Sobregrau

EL LAICISMO

Pastoral colectiva del Episcopado Italiano

ARTE SACRO MODERNO

Epílogo a una encuesta de CRISTIANDAD

Discurso del Sr. Arzobispo-Obispo de Barcelona.

LETRAS

Los problemas de la novela y la novela catalana

Francisco Salvá Miquel

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Telf. 21 2775

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 22 24 46

Suscripción anual: 150 ptas.
Precio de este núm.: 12 ptas.

TRASCENDENCIA RELIGIOSA DEL ESTADO EN EL PLAN DIVINO

En su discurso a los juristas italianos (6 dic. 1953) y a propósito de la convivencia de comunidades católicas y no católicas en una sociedad internacional, observa el Padre Santo que los intereses religiosos y morales exigirán un estatuto bien definido válido para todo el territorio de cada uno de los Estados soberanos miembros de esa comunidad de naciones; propone lo que estima su probable redacción, y examina los principios que un Estado católico habría de tener en cuenta para aceptarlo o rechazarlo, cuando tratara de incorporarse como miembro de tal Comunidad.

En el curso de sus reflexiones, Su Santidad usa lo menos dos veces el término «Estado católico», sin ponerse a definir las notas constitutivas de su concepto, pero indudablemente suponiéndole un sentido en lo sustancial, inteligible a sus oyentes y a la generalidad de los que después hubieran de leer su discurso.

De no suponérselo, no tendría razón de ser esa parte de su discurso. ¿Cuál es, pues, el sentido de «Estado católico»? Sin duda el que le da a este término la generalidad de las gentes capaces de interesarse por el problema abordado por Su Santidad y de entenderlo, a lo menos, en sus aspectos fundamentales.

Creo que éste: El Estado que oficialmente acepta la verdad de la fe católica, reconoce a la Iglesia sus derechos en lo espiritual y en lo temporal, y se comporta en consecuencia, ya al legislar, ya al aplicar las leyes.

Se trata del concepto jurídico del Estado católico, no de su verificación práctica. Como una persona física puede ser un mal católico, porque, estando bautizada en la Iglesia católica y aun profesando la fe romana, sin embargo, falta en mayor o menor grado a los mandamientos de Dios y de la Iglesia; también se dará el caso de que un Estado, según la ley constitucional, sea católico, porque, conforme a ella, debe profesar la fe católica y defenderla, y gobernar según sus normas; y, sin embargo, en casos concretos, se aparte de ellas y desconozca los derechos de la Iglesia y sus propios deberes. Pero no por eso dejará de ser oficial, jurídicamente, católico.

Claro está que lo ha de ser también prácticamente, para realizar su fin específico como exige la verdad misma católica que oficialmente pro-

fesa. Ni el Evangelio ni el Magisterio eclesiástico se contentan con esquemas conceptuales: exigen sobre todo la actuación católica del Estado; pero, cuando se trata de ofrecer la definición de una entidad jurídica, como es el Estado católico, ante todo hay que expresar lo que es de derecho, prescindiendo del hecho.

Hemos dicho que el Estado católico profesa la fe católica, reconoce, por lo mismo, los derechos de la Iglesia, y gobierna en católico. El contenido esencial de este concepto podría detallarse en la forma siguiente.

a) El Estado católico, según aparecerá al fin de estas reflexiones tributa a Dios un culto católico, esto es, según las normas rituales de la Iglesia católica.

b) Acepta en el campo de la vida sobrenatural el magisterio autorizado y exclusivo de la Jerarquía católica, y regula por sus normas todos los actos de gobierno en cuanto caen dentro de la religión y de la moral. Lo justo y lo injusto, lo honesto y lo inhonesto, se define según los criterios de la Iglesia, y no solamente según los dictámenes derivados de la razón natural.

c) Se siente obligado, en principio, a suprimir los obstáculos de carácter social que se oponen a la misión santificadora de la Iglesia, y a crear y garantizar las condiciones que la facilitan; y cumple este deber bajo la dirección de la misma Iglesia que sola es competente para precisar lo que en la vida pública se opone a su misión o la favorece, le es indispensable o simplemente le conviene.

d) En los asuntos temporales, conforme a las enseñanzas de la Iglesia, se cree soberano y actúa como tal, siempre que sean efectiva y totalmente temporales. Pero, en el caso de relacionarse con el bien sobrenatural de las almas, y en cuanto se relacionan, reconoce la suprema jurisdicción de la Iglesia y su propio deber no sólo de deferencia a sus consejos, sino de obediencia a sus mandatos.

Esta definición no la he sacado yo de mi calefite, si no fue cuando a la pura expresión. Su sentido se contiene explícitamente en Sto. Tomás, Vitoria, Suárez, Belarmino y la totalidad moral de los teólogos y filósofos y canonistas católicos, y en el Magisterio de los Sumos Pontífices, los cuales, a su vez, lo derivan del Evangelio y de la naturaleza de ambas sociedades: la eclesiástica y la civil.

Este concepto de **Estado católico** — insisto en que se trata del concepto jurídico, prescindiendo de si todas sus exigencias son en la práctica de la vida social satisfechas — es independiente de las formas

de gobierno: monarquía o república, absolutismo o democracia, y puede tener perfecta vigencia sin unión de la potestad espiritual y de la temporal en una misma persona, como en los prelados de la Edad Media; sin privilegio de patronato eclesiástico o de cualquier otra dignidad o poder espiritual otorgado a los gobernantes; sin presupuesto civil de culto y clero.

Tampoco requiere la realidad **jurídica** del Estado católico que todos los ciudadanos sean católicos, ni que los gerentes de la autoridad sean perfectos católicos, si por Estado entendemos — como de hecho entendemos aquí — el complejo de los organismos con que el poder se ejerce en todos sus aspectos.

Porque el Estado será católico jurídicamente si su estructura lo es, a saber, la Constitución y las leyes básicas que determinan el cauce del flujir político. Con todo lo natural será, máxime en la sociedad moderna, en mayor o menor grado democrática, que, si el Estado es católico, la sociedad lo sea también, a lo menos en su totalidad moral, y otro tanto los gobernantes, aunque no lo sean ni en su absoluta totalidad ni con perfección.

El Estado, de ordinario, será una proyección o resultando del modo de ser social. Pero, por no coincidir adecuadamente los peculiares conceptos de sociedad y de Estado, de gobernantes y de Gobierno, es posible cierta disociación entre Estado idealmente católico y sociedad no idealmente católica; Gobierno jurídicamente católico, y gobernantes que no siempre gobiernan en católico.

Que el Estado, de derecho y de hecho católico, sea un ideal divino, y precisamente para que la sociedad en su totalidad viva la vida católica, con la posible perfección, dentro de las humanas fragilidades y limitaciones, es tan cierto como lo es que la vida humana integral, y, por lo mismo, también en su aspecto social, **debe** regirse por las normas de la revelación.

Desde que la Trinidad augusta decretó la redención del género humano, y por Jesucristo reformó con la gracia la naturaleza que había creado, ya no existe un fin natural ni medios puramente naturales para conseguirlo: el hombre es nuevo, «creado según Dios en Justicia y santidad verdaderas» (Efes., 4, 24), con especial participación de la naturaleza divina y con una vida inefable, participación de la de Cristo; su destino ultramundano es nuevo, pues, como hijo adoptivo de Dios, es heredero suyo y coheredero con el Hijo natural y unigénito, de los bienes de la visión beatífica; su tarea temporal es también nueva, pues se le impone la aceptación de

una doctrina revelada que guíe todos sus pasos, la práctica de una moral que haga su conducta digna de los hijos de Dios, la vivencia de una liturgia que lo santifique y divinice. **Ecce facta sunt omnia nova.**

La vida humana en todas sus proyecciones individual, familiar y social, privada y pública, interior y exterior, debe ser, por disposición divina, católica; porque no hay en la intención divina otro cristianismo, otra religión acepta a Dios, que el Catolicismo, y **Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad** (I Tim., 2, 4). Si, pues, toda la vida humana ha de estar inspirada y regulada por la luz de la verdad católica y el amor de Dios Redentor, es claro que también la vida política, que es un sector de esa vida total.

Es voluntad de Dios que los gobernantes sean católicos y que gobiernen conforme a las exigencias del dogma católico. Se darán casos en que no lo serán; y otros en que, siéndolo, no podrán aplicar a la realidad social todos los imperativos del **ideal** católico, porque lo impedirán resistencias involuntarias invencibles.

En concreto, tales gobernantes actuarán católicamente en cuanto que norma católica es también,

llevar a cabo lo bueno posible cuando no es posible lo mejor, y aun tolerar lo positivamente malo, cuando la intolerancia implicaría un mal mayor; pero esa actuación de gobernantes católicos, impedidos por obstáculos insuperables de desarrollar el programa completo de las exigencias del dogma revelado, no sería la **ideal** actuación católica propia del Estado jurídicamente católico; sería sólo la posible.

Y ¿cuáles son, en concreto, esas exigencias o determinaciones constitutivas del ideal régimen jurídico católico? **Hic opus, hic labor est.** Indudablemente, esas determinaciones serán las que impongan la divina voluntad. ¿Cuáles impone? Sólo pueden respondernos satisfactoriamente la filosofía cristiana, la divina revelación, tal como nos la comunica el Magisterio del Romano Pontífice, y, en general, las enseñanzas de la Jerarquía puesta por Dios para regir a su Iglesia. Discurriendo, con sana lógica, sobre el contenido de esa filosofía cristiana, esa revelación y esas enseñanzas, podremos obtener conclusiones indiscutibles, que nos facilitarán el conocimiento de la estructura esencial del Estado católico y de sus exigencias fundamentales. Vamos a desarrollar ese discurso en el artículo siguiente.

E. GUERRERO, S. I.

Nuestro venerable Prelado ha dirigido al Presidente de «Schola Cordis Iesu», con motivo de la clausura del XXXV aniversario de la entidad, la carta que nos complacemos en reproducir:

Barcelona, 5 de junio de 1960.

*Sr. Don Domingo Sanmartí y Font, Presidente de «Schola Cordis Iesu».
Barcelona*

Muy apreciado en Cristo Jesús:

Agradezco las expresiones de los nobles sentimientos de adhesión a la persona del Prelado que contiene su Saluda del 20 de mayo.

He esperado a contestarle precisamente en la fiesta de Pentecostés, en que imploro las luces y la fortaleza del Espíritu Santo sobre esa entidad que denodadamente trabaja por la instauración del Reinado Social de Jesucristo por medio del Corazón Inmaculado de María.

Mi consigna no es otra sino que captando las necesidades de los tiempos presentes, continúen como ya hacen vertiendo la doctrina contenida en las documentos de la Revelación y en la palabra de los Pontífices y de los Pastores de la Iglesia para iluminar las mentes en la Verdad.

No se aparten un ápice de la línea netamente ortodoxa en que han querido, con gran complacencia mía, distinguirse siempre.

Afmo. en Cristo Jesús, les bendice a todos cordial y efusivamente,

GREGORIO, Arzobispo-Obispo.

RELACION ENTRE LA DOCTRINA SOCIAL CATOLICA Y LAS CIENCIAS ECONOMICAS

III. - Situación actual

(continuación)

Creo que en la actualidad se presenta al católico una oportunidad única. Todos los cuerpos de doctrina económicos, que desde el comienzo de esta ciencia se oponían a la ética cristiana e impermeabilizaron las inteligencias contra sus principios, se han ido abajo.

Es el momento oportuno para desescombrar definitivamente el campo de doctrinas y teorías equivocadas o torcidamente interpretadas. Se tiene que investigar qué se cree aún en materia de economía, no solamente entre los economistas, sino sobre todo en el público. Quizás descubriremos que muchas de las teorías que se han podido comprobar como inexactas son aún generalmente creídas, y que teorías "marxistas" son plenamente aceptadas en círculos "capitalistas", ignorando tanto su procedencia como su finalidad. Es imprescindible aclarar estos puntos y distinguir entre lo verdaderamente científico y lo meramente propagandístico. Las equivocaciones cometidas no se pueden olvidar, tanto más cuanto se refieren a problemas primordiales: salarios, distribución de los ingresos, relación entre producción y consumo. Los errores tienen que servir de material de investigación. La ciencia económica no puede comprobar sus teorías en laboratorios, su único laboratorio es la vida. Por lo tanto, no puede despreciar ninguna experiencia y los fracasos resultan tan instructivos como los éxitos.

Hay que evitar que renazcan las ideologías erróneas o que se formen nuevas. Por ejemplo, en la actualidad —después de haber exagerado durante unos veinte años la tendencia hacia la dirección— en la economía a base de propiedad privada se realiza una reacción bajo el nombre de "neo-liberalismo". No sería raro que esta reacción, a su vez, se pasase de la raya.

Aparte de ello, creo que en el campo de la economía es permanente el peligro de que se quieran tomar las leyes sociales por leyes omnipotentes de la naturaleza. Es permanente este peligro, porque las leyes naturales son más sencillas, claras y definitivas que las de las ciencias sociales. Y es general considerar algo tanto más verdadero, cuanto más fácil resulta comprenderlo. Además, una ley del tipo de las ciencias naturales, pueden servir de excusa para cualquier deficiencia o injusticia del sistema, dándoles carácter de una catástrofe natural. Pero, sobre todo, en el campo económico, como en ningún otro, existe el peligro que tesis aún poco comprobadas se tomen como lema para partidos políticos e intereses de clase. Cualquier rectificación posterior de las tesis fundamentales por los mismos economistas encuentra oídos sordos precisamente entre los adeptos más entusiastas.

Es necesaria esta vigilancia continua sobre las ideas, porque *incomparablemente más peligrosas resultan doctrinas equivocadas* en el campo de las ciencias sociales, que *en el de las ciencias naturales*. Ningún efecto práctico tendrá, por ejemplo, una teoría equivocada en astronomía. Los astros no cambiarán, por ello, su rumbo. Muy al contrario sucederá en la economía, porque ella no es algo dado por la naturaleza, sino creado por el hombre. Los pueblos montan su organización económica —consciente o inconscientemente— de acuerdo con sus ideas sobre la economía. Por ello se ha podido ver, como unos veinte años después de propagar la teoría, que el único sistema "natural" era la economía libre, basada en la persecución del máximo lucro, se aniquiló el sistema anteriormente vigente y se implantó sucesivamente, en todos los países, la organización corres-

pondiente a las nuevas ideas. Nadie se preguntó, como podía ser que si este sistema era el único "natural", que no hubiera aparecido hasta el siglo XIX d. C., y, como habían podido existir anteriormente otros sistemas.

Algo parecido ocurrió, en nuestro siglo, con el marxismo. Mediante largas deducciones fue sostenido como hecho científico la inevitable evolución de todas las economías de propiedad privada hacia el socialismo. Esta evolución no se dio de hecho, pero la convicción de que la economía socialista era algo inevitable y finalmente "natural" permitió crearla artificialmente en todo un grupo de países, que abarcan hoy unos novecientos millones de habitantes. (No carece de cierta ironía, que sean precisamente los países marxistas que nos hayan suministrado los mejores ejemplos sobre la decisiva eficacia de *las ideas* en la economía.)

Por estas razones se tiene que vigilar continuamente para que intereses e ideologías particulares no se recubran de un manto científico para imponerse.

* * *

La tarea en el campo de la economía consiste, de un lado, en fijar la finalidad de esta actividad y, del otro en estudiar los hechos e indicar las medidas apropiadas para realizar la finalidad preestablecida.

La actividad económica es meramente una parte de la actividad humana en general. Su finalidad tiene que coincidir y colaborar con la finalidad de toda vida humana. La investigación de los hechos y de las medidas necesarias para poner en práctica esta finalidad, es tarea de la ciencia económica, de los economistas.

A. *Finalidad: Es, sobre todo, en este punto que la experiencia de los últimos treinta años ha hecho cambiar la opinión general.* Por primera vez, desde la existencia de la economía como ciencia, se admite que no son las leyes económicas sino el hombre quien rige la economía. Se ha realizado la gran evolución del "hombre a merced de las leyes económicas" hacia "la economía al servicio del hombre". Es el hombre quien decide en la economía, y, por lo tanto, él es plenamente responsable de la economía de su país. Conviene que todos tengan estos hechos presentes. Además, cada uno ha de tener una idea clara sobre los fines de la economía; este pleno conocimiento de su finalidad y su discusión abierta evitan que, inconscientemente, otras finalidades puedan infiltrarse.

La historia de las doctrinas económicas nos enseña, que hay una extraña coincidencia en lo que ellas proclaman como su última finalidad: el bien común, el bienestar general, el "máximo bienestar de la mayoría de la población", etcétera. Pero tanto como coinciden en la finalidad, tanto difieren en el sistema, que cada una de ellas presenta como único que permite realizarla. Los hechos han demostrado que para estas doctrinas, en caso de oposición, el sistema prevalecía netamente sobre la pretendida última finalidad. Así, por ejemplo, en los comienzos del liberalismo, Adam Smith declaraba aún que la finalidad era "el máximo bienestar del mayor número de personas", sosteniendo que el único sistema para realizarlo era el libre juego de las fuerzas económicas. Ahora bien, en lo sucesivo en todas las crisis —que en su totalidad abarcaban la suma de unos cuarenta años— no se vaciló nunca en sacrificar la pretendida finalidad, prefiriendo el máximo malestar de asalariados y patronos a cualquier denuncia del "libre juego".

En la actualidad tenemos que distinguir dos tipos de finalidades. Los países socialistas y comunistas se han propuesto organizar su economía de manera que el Estado disponga de todos los medios de producción (tierra, instalaciones, minas, etc.), o, incluso, de todos los bienes particulares también (comunismo de las comunidades chinas).

En cambio, en los países a base de propiedad privada, en los últimos veinte años, la economía se halla cada vez más dirigida hacia el máximo consumo, tratando de que la población disponga del máximo de bienes y enseres. Como signo positivo de esta tendencia tenemos que valorar, el que el mayor consumo se expande paulatinamente sobre todas las clases; como negativo, que se fomentan, al mismo tiempo, consumos inútiles, necesidades artificialmente creadas.

Al lado de esta tendencia de medir el éxito de la economía según la cantidad de bienes absorbidos por el consumo, últimamente, sobre todo en los países económicamente más desarrollados, se empieza a tener en cuenta, además, otro criterio: si el trabajo, por el cual se crean estos bienes, es monótono, agobiador o es satisfactorio. Con ello el concepto del bienestar en economía ya no solamente se identifica con la máxima cantidad de bienes absorbidos por el consumo, sino que se tiene en cuenta la satisfacción en el trabajo necesario para obtenerlos. Un síntoma de este ensanchamiento del concepto del bienestar económico, es el movimiento en favor de la mejora de las relaciones humanas.

Además, también en los países, donde se ha logrado solucionar los problemas económicos más acuciantes, aumenta y se extiende el anhelo, de que la economía no sirva solamente a la satisfacción personal. En discusiones y en la prensa se encuentran cada vez más problemas tales como: ¿Es lícito que una clase tenga más de lo necesario, si otra, aún carece de lo imprescindible? En el plan internacional: ¿cuál es la obligación de una nación que ha resuelto satisfactoriamente su problema económico, hacia los países en los cuales gran parte de la población padece hambre? ¿Vale realmente la pena aumentar indefinidamente el consumo de bienes?

La doctrina social católica, desde hace mucho tiempo, ha establecido la finalidad de la economía de manera exacta y aún mucho más amplia.

Ya en el siglo XIII, Sto. Tomás de Aquino fijó como tarea de la economía el asegurar "la suficiencia de bienes materiales, cuyo uso es necesario para el ejercicio de la virtud", y, precisamente, porque definió su tarea con tanta ampli-

tud, enalteció la actividad económica como ninguna doctrina materialista ha sabido hacerlo.

En lo que se refiere al hecho de que, para el bienestar económico, no solamente cuenta la cantidad de bienes de consumo, sino también con qué índole de trabajo hay que crearlos—hecho que hoy, poco a poco, se abre paso—, la doctrina social católica, en las encíclicas y el código social de Malinas, hace tiempo subrayó la necesidad de que en la actividad económica quede preservada la dignidad humana y que el trabajo permita el desarrollo de las facultades humanas.

Finalmente, la doctrina social católica dice que, guardando fielmente la ley moral, "los fines peculiares que se proponen en la vida económica, ya individuales, ya sociales, entrarán convenientemente dentro del orden universal de los fines, y nosotros, subiendo por ellos como por gradas, conseguiremos el fin último de todas las cosas, que es Dios..." (Q. A. 111). Con ello la actividad se integra a la totalidad de las actividades humanas y participa en el logro del fin supremo de toda vida humana.

Creo que convendría que se expusiese la finalidad de la economía según la doctrina social católica también en ambientes no-católicos. No solamente para demostrar que ella, ya hace siglos, se ocupa de este problema, sino también para ayudar a la tendencia hacia una más amplia definición de la actividad económica. Sobre todo su punto de vista sobre la necesidad de la dignidad del trabajo podría encontrar un fuerte eco. En cambio, será difícil que sea comprendida la exigencia de la integración de la actividad económica entre las demás y de éstas a su fin supremo, no porque no se eche de menos su falta. En muchos ambientes se siente como absurdo que las personas se cansen durante ocho horas diarias en un trabajo agotador y enervante, para después buscar una compensación en unas diversiones tan poco satisfactorias como el mismo trabajo. El anhelo de reducir la preeminencia de lo económico de la vida, y, sobre todo, encontrar por encima de su fin material una finalidad superior, es fortísimo en muchos ambientes. Pero será difícil que pueda ser comprendida en este punto la doctrina social católica, porque lo que precisamente se ha perdido, desde hace generaciones, es la noción de este fin último de todas las actividades humanas. De todas maneras al enterarse del punto de vista de la doctrina social católica, se tendrían que percatar más de la existencia de este problema y de la necesidad de buscarle una solución.

Elsa HOERLER.

CONGRESOS INTERNACIONALES

En Santander, en la Universidad «Menéndez Pelayo», se ha celebrado durante los días 6 al 10 del mes corriente, el VI Congreso Internacional de Prensa Católica, al que nuestra revista ha enviado como delegado a uno de sus redactores.

En París ha tenido lugar los días 1, 2 y 3 de este mes el X Congreso Internacional de «La Cité Catholique» que este año trata sobre «Civilisation et corps intermediaires». CRISTIANDAD se halla representada por su Asesor Eclesiástico, Rdo. P. Francisco Segura S. I.

EXIGENCIAS DE UN NUEVO HISPANOAMERICANISMO ESPAÑOL

A menudo sucede que cuando se levanta una bandera para combatir una posición acusándola de tópico, se cae en el mismo defecto incurriendo en un nuevo tópico. Desgraciadamente, esto es lo que estamos en trance de que ocurra con la política de hispanidad. Durante años se redujo, salvo honrosas excepciones, a discursos de rememoraciones y a conmemoraciones, más o menos, gozosas de pasados comunes. Desde hace unos años se ha señalado este defecto, pero parece como si el hispanoamericanismo se hubiera estancado y limitado a acusar a los hombres que dirigieron y realizaron, con la mayor buena fe, lo que sus detractores llaman *política de juegos florales*. Creo que es necesario señalar la evidente ineficacia del hispanoamericanismo de los discursos, pero entiendo que esta posición no sería honesta si nos detuviéramos aquí; hace falta avanzar y señalar los caminos a seguir.

Lo primero que es preciso afrontar, al imponerse una revisión del hispanoamericanismo español, es la despreocupación de nuestros propios conciudadanos por todo lo que afecta a la colaboración con Hispanoamérica.

No quiero entrar aquí en consideraciones dirigidas a resaltar los importantes valores humanos y materiales que encierra el bloque iberoamericano; quiero solamente llamar la atención del lector sobre una cuestión en la que tal vez no hemos pensado demasiado los españoles, y es ésta: la inmensa actividad que otros estados y otros grupos realizan con el objetivo de utilizar en beneficio propio la fuerza potencial, y en ciertos aspectos actual, del mundo hispanoamericano.

Estamos presenciando cómo la actividad soviética se centra sobre Iberoamérica de una manera sistemática y general. En el pasado la acción se había ejercido sobre el indigenismo artístico y el sindicalismo revolucionario de México, con poco éxito entre las masas. Un intento revolucionario mal realizado ocurrió en Bogotá en 1948; luego, el activismo comunista se centró y fracasó en Guatemala. Ahora la Cuba de Fidel Castro es el punto de referencia de la actividad soviética en el continente, sin que esta afirmación pueda interpretarse en el sentido de atribuir la calidad de comunista al jefe revolucionario cubano.

Frente a la realidad de esta preocupación soviética por Iberoamérica, los Estados Unidos empiezan a despertar de su sueño y se quejan ahora de que su política de *buena voluntad* hacia las *jóvenes repúblicas* del hemisferio no sea comprendida. No es éste el momento de resaltar los errores que Estados Unidos ha cometido con sus vecinos del Sur. Probablemente muchas de las convulsiones políticas que con tanto interés jalean las agencias de prensa, controladas naturalmente por Estados Unidos, tendrían una fácil explicación si estudiásemos las formas de penetración política y económica empleadas por las poderosas compañías norteamericanas.

Véase, y esto es lo que interesa resaltar, cómo entre las dos fuerzas que intentan repartirse el mundo existe una lucha por el dominio de Iberoamérica. Pero esta preocupación por los países hispanoamericanos no se circunscribe a Rusia y Estados Unidos. Otras naciones, como Francia, Italia, Gran Bretaña, Alemania y Japón, están vivamente interesadas en la penetración política, económica y cultural. Recordaremos que mientras el Gobierno Español dedica escasamente trescientos mil dólares a la atención de sus obligaciones culturales en Hispanoamérica, Francia invierte más de dos millones de dólares en esta tarea. Y que, mientras cada año llegan desorientados e individualmente a Hispanoamérica cincuenta mil emigrantes españoles, muchos miles más de italianos van estableciéndose sobre las fértiles tierras de América, formando nuevas aldeas or-

ganizadas bajo la tutela de sus autoridades de origen y llevando consigo, no sólo al sacerdote y al maestro, sino también sus utensilios de trabajo y las semillas de sus plantas preferidas. Y no olvidemos con cuánto interés y con qué celo profesional los diplomáticos japoneses trabajan por colocar sus productos manufacturados en Hispanoamérica. Alemania, con una labor callada, pero eficaz, invierte cada día nuevas sumas de capital para, en justa y equitativa colaboración, promover la realización de las riquezas iberoamericanas. Todas estas consideraciones deben hacernos ver que si naciones *tan ocupadas* en problemas nacionales e internacionales, dedican una atención preferente a Hispanoamérica, debe ser porque ven en ella ciertamente algo importante. Ante esa evidencia, España no puede quedar atrás; es preciso que en el orden de preocupaciones actuales la opinión española y sus órganos de gobierno den a Hispanoamérica el puesto de preeminencia que le corresponde.

El mundo no vive de pasadas glorias, y España, en estos momentos, por sí sola, no puede aspirar a un primer puesto en el concierto universal. Mientras no nos unamos, nosotros y cada uno de los pueblos iberoamericanos, no podremos aspirar a ser más que naciones de segundo orden y, en algunos casos, estados en cierto modo tributarios de las grandes potencias mundiales. Michel Debré, el Primer Ministro del Gobierno Francés, hablando de su país, ha dicho: *"Europa no es una patria, porque no es una nación. Europa es un símbolo y Francia no puede incorporarse de una manera amorfa a una Europa de la que saldría desfigurada. Primero hace falta que Francia sea fuerte para que su voz se oiga sin lugar a dudas en el concierto europeo"*. Esto mismo puede aplicarse a España. Y España, para alcanzar su plena fortaleza —una fortaleza de acuerdo con los valores que se estiman en el año 1960— no tiene otro camino que la integración en la Comunidad Hispanoamericana. De otra forma, España saldría desfigurada y perdería los atributos de su propia y señera personalidad.

Ahora bien, como decía al principio, la incorporación a la Comunidad Hispanoamericana no puede hacerse mediante una técnica de rememoraciones gozosas. Es preciso plantear un programa de acción capaz de atraer tanto a los hombres de España como a los de América, y ese programa, realizarlo.

Entiendo que debemos proceder a una ordenación de nuestras corrientes migratorias. No tenemos por qué atemorizarnos ante el hecho emigratorio. El aumento vegetativo de la población española alcanza la cifra de trescientos cincuenta mil ciudadanos al año, y este progresivo aumento de nuestra población solamente en parte puede ser absorbido por nuestros programas de desarrollo; por esa razón nadie debe escandalizarse si se proclama la necesidad de que el Estado prevea, mediante los correspondientes convenios internacionales, la salida de, por lo menos, ciento veinte mil españoles cada año, en busca de tierras más despobladas donde puedan labrarse pasible un porvenir. En este sentido la emigración constituye un hecho natural y el Estado tiene la obligación de proteger este hecho estableciendo los cauces para que su realización pueda verificarse con auténtico beneficio para el emigrante. Deben organizarse, en colaboración, claro está, con los países hispanoamericanos de inmigración, empresas de colonización y factorías industriales, a base de mano de obra española, creando poblados de nueva planta donde los españoles puedan colaborar a la explotación de la riqueza nacional de los países que les acogen. Ésta es una forma de hacer hispanidad, realmente eficaz. Es, me atrevería a decir, la pura esencia de la Hispanidad. Pero, hay que hacerlo, no basta decirlo.

Enlaza inmediatamente con esta cuestión otra tarea im-

portantísima, en orden a la realización de una auténtica y nueva política de hispanoamericanismo. Me refiero al Estatuto de la Supranacionalidad Hispánica. Algo se ha hecho últimamente en este sentido; España tiene hoy suscritos convenios de "doble nacionalidad" con Paraguay, Chile y Perú, y se sabe que en breve se iniciarán las conversaciones para concluir un acuerdo, en el mismo sentido, con Guatemala. Sin embargo, estos acuerdos, pese a constituir un logro importante, no son más que una mixtificación del verdadero ideal. Más que una doble nacionalidad, siempre propicia a conflictos y evasiones, interesa alcanzar una supranacionalidad consistente en un "status" superior, que otorgue determinados derechos a los miembros de la Comunidad para disfrutarlos en cualquier país iberoamericano distinto del de origen.

La colaboración en el aspecto financiero también es factible. Existen algunos países, especialmente en Centroamérica, donde hay cierta cuantía de capitales propicios a ser invertidos en empresas españolas. Las últimas disposiciones en la materia permitirán una más fácil entrada de capitales y de esta forma se aumentarán los ciento cincuenta millones de dólares en que se evalúan las inversiones iberoamericanas en empresas y sociedades españolas. Nosotros podemos, por otra parte, colaborar a la financiación y creación de empresas en Hispanoamérica. Ciertamente que España no dispone de capitales libres para ello. Pero en cierta manera nuestra colaboración podría consistir en la aportación a las industrias que allí se crean de maquinaria y herramientas que realmente fabricamos en condiciones y precios capaces de resistir la competencia de otros países. Conjugado este tema de la colaboración financiera con el de la política migratoria que antes hemos tratado, debemos señalar que los emigrantes españoles que alcanzan una buena posición envían fondos a España que anualmente se promedian en 3.500 millones de pesetas en divisas.

Todavía cabe hacer otra referencia económica, refiriéndonos a las posibilidades de colaboración en orden a la cooperación comercial. La cooperación en este aspecto es absolutamente viable. España, en lugar de gastar divisas comprando a Estados Unidos materias primas, podría adquirir algodón, maíz, sisal o soja en México o en Brasil; lubricantes y combustibles en Venezuela; carnes en Uruguay y Argentina; tabaco y café en Colombia, Cuba, Guatemala y la República Dominicana. A cambio de esto, nosotros podemos ofrecer a Hispanoamérica productos manufacturados, como tejidos o máquinas-herramientas, o papel de fumar o vinos o productos químicos y farmacéuticos, o conservas de pescado o utensilios domésticos, etc. El hispanoamericano entiende muy bien este lenguaje. Sabe que éste es el único camino para salir del sometimiento yanqui. Comprende que si no acepta esta fórmula, nunca podrá competir con la política de salida de excedentes norteamericanos, que puede ofrecer condiciones más favorables, como por ejemplo el pago en divisas en cada país, con lo que sale siempre vencedor en la competencia. Con un poco de habilidad por nuestra parte podríamos convertir a España en un centro distribuidor en Europa de las materias primas iberoamericanas; ello daría lugar a que los iberoamericanos se desviviéran por encontrar fórmulas preferenciales para acelerar e intensificar la mocpra de manufacturas españolas que pagase las materias primas hispanoamericanas, y, entonces llegaría la segunda parte, que consistiría en ofrecer a franceses, alemanes e ingleses la oportunidad de montar en España sus industrias de exportación hacia Hispanoamérica. En la generalidad de los casos, preferirían esta solución a tener que instalar sus fábricas en México, Brasil o Argentina. Recientemente, la Casa Dupont decidió fijar en España el centro de fabricación de sus productos para exportación a Iberoamérica.

La intensificación de los intercambios universitarios es, también, una exigencia de la política de hispanoamericanismo. En la actualidad, España concede a través del Instituto de Cultura Hispánica ochenta becas a estudiantes hispanoamericanos y otras treinta y cinco, por medio de la Dirección General de Relaciones Culturales, y aunque además se otorgan ayudas económicas a profesores e investigadores que vienen a España, esto es bien poca cosa. Hay que intensificar esta ayuda y perfeccionar nuestros medios de propaganda hasta conseguir que los siete mil universitarios que hoy estudian en nuestras aulas se conviertan en veinte mil; sólo así podremos contrarrestar la acción intelectual que, en detrimento de la cultura hispánica, realizan otras naciones.

España tiene, en otro terreno, el deber irrenunciable de atender a la cura espiritual de aquellos pueblos, cubriendo el déficit de sacerdotes producido como fenómeno característico de su rápido crecimiento y desarrollo. Además, éste es uno de los medios más eficaces para mantener en América el espíritu hispánico. En primer lugar, porque el catolicismo constituye el principal integrante de lo hispánico, y por eso, quienes desean la desaparición de la conexión hispánica en América, ven con satisfacción el avance de las sectas e ideologías opuestas al catolicismo. Por otra parte no debemos olvidar que, como hombre hispánico, cada sacerdote español será un centro irradiador de nuestra peculiar manera de ser y por tanto realizará una positiva labor de hispanización. Si nosotros dejáramos que la obra católica en América la realizaran sacerdotes de otras nacionalidades, no cabe duda de que, pese a las dificultades de idioma y costumbres que al principio encontrarían, podrían en el orden religioso desarrollar una labor tan fecunda o más que la que realizan los españoles, pero, inconscientemente, la influencia personal de estos sacerdotes obraría como un disolvente más de la esencialidad hispánica de los pueblos iberoamericanos. Por eso nuestras autoridades civiles deben colaborar íntimamente con la Jerarquía Eclesiástica otorgando protección y facilidades a una obra que repercute en beneficio de los valores cuya tutela les está encomendada. Esto, claro está, independientemente de la consideración religiosa y trascendente que el gobernante católico debe hacer.

La unión y colaboración con Iberoamérica constituye, pues, para España, una empresa llena de sugestivas realidades. España dio mucho, casi diría lo dio todo, por Hispanoamérica. Ahora es el momento de, sin perjuicio para nadie, empezar a recoger los frutos de aquella siembra maravillosa. De nuestra colaboración con los pueblos hispánicos de América puede venir la reincorporación de nuestra Patria o un puesto merecido en el concierto universal. Como ha dicho Mario Amadeo, Embajador de Argentina en las Naciones Unidas, "cuando la unidad europea adquiera personería jurídica, Hispanoamérica deberá buscar con ella una íntima inteligencia en las relaciones de poder. Aparte de que esa inteligencia política corresponde a una indisoluble afinidad cultural, tiene gran importancia para las relaciones de equilibrio que habrá de establecerse entre las agrupaciones regionales. Un estrecho paralelismo en la acción entre el bloque hispanoamericano permitirá paralizar los intentos absorbentes de otros grupos. Porque la política hispanoamericana encontrará su centro entre las dos fuerzas primordiales que la circundan. Con Europa se defenderá de todo eventual renacimiento del imperialismo en cualquier forma. Pero esta actitud vigilante no será una actitud hostil. Porque el bloque europeo, el bloque anglosajón, y el bloque hispanoamericano tienen una tarea común: salvar a Occidente de la marea que amenaza sumergirlo." Y España puede hacer mucho en favor de la obra integradora y ordenadora de Hispanoamérica.

FILOSOFIA Y POESIA

"Ciertas ideas que andan por ahí volando, al encontrar una cabeza vacía donde anidar, se meten en ella, y no hay quien las pueda sacar".

CHESTERTON

El primer interrogante que se yergue, puede parecer extraño a cualquier persona poco conocedora del espíritu moderno. Extraño, porque hasta ahora nunca se había buscado en la novela, en la poesía, una solución a cuestiones tan transcendentales, como el sentido de la vida. Nuestro tiempo ofrece síntomas decisivos de un acercamiento entre filosofía y literatura. Personas cultas buscan solución a problemas filosóficos en la literatura. La forma literaria es hoy buen instrumento de expresión para el filósofo. El escritor recoge las exigencias de sus lectores más inteligentes y hace de la literatura una cátedra. He aquí el por qué una posible utilidad orientadora nos mueve a plantear el interrogante:

"¿Puede dárseos a través de la poesía una concepción filosófica de la vida?" ¿Afirmaremos con Unamuno que "poeta y filósofo son hermanos gemelos, si es que no son una misma cosa?"

Hoy la gente se propone saber. Pero al creer que la razón es enemiga de la vida, que es un camino cerrado para llegar a la realidad, intenta bucear su secreto a través del intuicionismo poético. Muchos creen que "contar la vida, ¿no es acaso el mejor modo y tal vez el más profundo de vivirla?" (Unamuno). Quieren entender directamente, sin ideas. Esto no es snobismo, sino concreción de una honda revolución del pensamiento, que ha desembocado en una desconfianza del mundo exterior, en una proyección de nuestro subjetivismo... Es el legado de Descartes, Kant, Kierkegaard... Conocer no es tender un puente entre el pensamiento y el ser; es — en frase de Pemán — "auscultar en la propia conciencia, la libre germinación del Espíritu".

No sólo la literatura contemporánea ha pretendido dar una concepción de la vida, perfumada por ramilletes de inspiraciones poéticas. Recordemos las mitologías antiguas. El poema filosófico de Lucrecio, la "Divina Comedia", de Dante, son logros poéticos de una concepción del universo. El mismo San Agustín, adopta como expresión de su filosofía la forma autobiográfica.

Estamos en la época del don literario, cuando la literatura y el periodismo — permítasenos la expresión — se comprometen con la filosofía de la existencia. Sin embargo, también para el hombre antiguo filosofía y poesía fueron ecuaciones. Tales de Mileto y Empédocles fueron poetas y filósofos. Aristóteles, reconoce que es digno de un filósofo citar en prueba de sus afirmaciones las palabras de algún poeta. Maffei no duda afirmar: "que fue la poesía la precursora de la filosofía..., que, en muchos casos, la filosofía se limitó tan sólo a racionalizar y explicar su contenido".

El vate fue filósofo (1). La cultura griega tiene su origen en la poesía. Los primeros pensadores adoptaron la forma poética, como medio de expresión. Todo revela el alto valor cognoscitivo asignado a la poesía en la antigüedad. "Sólo la filosofía ya adulta — habla Rohde — ...capaz de abarcarlo todo en una interpretación armónica de la vida, viene a relevar a la poesía de su magisterio" (2). El intelectualismo literario es índice de civilización ascendente, constructiva.

Resumiendo. Después de un ocasional divorcio entre poesía y filosofía esa ancestral unidad del saber humano quiere volver a ser una realidad. Más aún, algunos denotan con vehemencia la validez del saber filosófico e inciensan la visión filopoética de la vida. Visión única, pues acierta a describir la realidad ontológico-vital.

He aquí el problema. ¿Qué diremos de cierta poesía que hoy pretende ser una concepción filosófica de la vida; más, la única concepción posible? ¿Qué podemos esperar, con todo derecho, de la poesía en orden a una concepción del universo? ¿Qué influencias podrá tener la poesía en dicha concepción? Veámoslo.

* * *

Al buscar orientación para nuestro trabajo, hemos encontrado, en casi todos los autores, un mismo defecto: presuponen cosas que han de ser probadas. Nosotros pretendemos evitar este escollo. Comenzaremos la búsqueda ignorando las definiciones de poesía y filosofía. Imitaremos en esto a la naturaleza. No venimos al mundo con una serie de conceptos innatos, sino que los adquirimos.

No recordamos de dónde tomamos la idea y casi las palabras, pero es exacta:

Filosofía es la definición aristotélica:

"Tiempo es el número de movimientos considerados, en cuanto que unos suceden a otros."

(1) "¿Qué significó el vate para las centurias pretéritas, sino la síntesis suprema del genio humano, la concurrencia de todos los elementos culturales en una sola potencia espiritual, los múltiples aspectos de la actividad intelectual y sentimental del hombre reunido en expresión unitaria y perfecta?"

...El vate fue historiador, moralista, filósofo, y unió el carácter augusto de sacerdote. Las albas vestiduras fueron el ropaje frecuente del viaje y el templo su común morada."

(MAGDALENA LINERO, "Filosofía y literatura", Congreso Internacional de Mendoza [Argentina, 1949].)

(2) Citado por M. LINERO. Artículo citado.

Como ha dicho un ilustre diplomático español, España está físicamente en Europa, pero nuestra comunidad de intereses y destino trasciende el mar en forma similar a Inglaterra que, muy sabia y prudentemente, siempre dio primacía sobre la política continental a sus intereses y ataduras morales y espirituales con la Comunidad Británica, de la que siempre se siente estrictamente solidaria, a pesar de que se encuentra desparramada por los cinco continentes del planeta.

España, pues, puede y debe incorporarse a la Comunidad

Hispanica de Naciones y, para llegar a ella, debemos iniciarnos en esas, y otras, colaboraciones horizontales, a que nos hemos referido en este artículo; una vez tejido el cañamazo de esa unión de intereses y misiones, nada se opondrá a que nuestros hombres de gobierno cren las instituciones jurídicas que den personalidad y eficiencia ala Comunidad.

Ramón MULLERAS CASCANTE
Secretario General del Instituto
de Estudios Hispánicos

Poético, es decir, con Bécquer:

*"Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán.*

*Pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres...
esas... ¡no volverán!*

Esta experiencia nos habla de dos géneros diversos. ¿Dónde radica su diferencia? Se oye distinguir entre temas poéticos y temas filosóficos. Distinción falsa. Bécquer y Aristóteles hablan de una misma cosa: el tiempo. ¿Acaso se diversificarán por su forma exterior? No. Podemos rimar la definición aristotélica. ¿Entonces? Estamos ante dos tendencias, que se concretan en dos preguntas: ¿existe eso cuya esencia conocemos? ¿Cuál es la esencia de ese cambio cuya existencia experimentamos?

Dos tendencias que nos ponen en contacto con la realidad de dos maneras. Todos nuestros actos humanos —, nuestros actos de hombre —, se enmarcan en las cartesianas de estas dos directrices. La una tiende a la verdad por medio del contacto esencial intencional, y la otra, por medio del contacto afectivo existencial. La experiencia nos dice que hay hombres que orientan su vida, con preferencia, hacia uno de estos dos fines

La expresión: "¡qué bien sentido!", refleja grosera pero netamente la naturaleza experimental de la actividad poética. Por somera que sea nuestra reflexión, descubrimos que el primer carácter de la poesía, el más fulgente, y a la vez, el más desapercibido, es el ser experimental, intuitiva. Sin duda, que una sentimentalidad ficticia, puede ser un sustituto de la experiencia poética, —yo llamaría a estos poetas, en manera abundantes, poetas de gabinete—. Pero, aun así, una reflexión más honda nos mostraría que una percepción embrionaria ha sido la primera generatriz poética. "Una cosa es bella en tanto que su verdad y bondad aparecen diáfanos en nuestra mente, merced a su aprehensión intuitiva" (3).

La inspiración poética es intuición, y por ende, esencialmente objetiva; se enriquece de la presencia del objetivo. El poeta es un hombre para quien el mundo exterior existe íntimamente, y el objeto que le inspira se impone a él con violencia. Un estado de pasividad embarga al poeta, pero una pasividad activa. La poesía es un modo de relacionar nuestra subjetividad con las cosas. "Es el efecto en nuestra sensibilidad de ese acorde" (Prieto Luis).

En la poesía, hay, pues, un conocimiento. ¿Será un conocimiento de orden filosófico, quidditativo? No. Es un conocimiento existencial. La intuición del poeta aprehende el acto de existir en sí mismo y en las cosas. Por eso surge febricitante. No sé si el poeta recibe la lección de la naturaleza o es él quien impone el orden de su interioridad.

La experiencia poética, —no sabemos quien lo dijo— "es una experiencia metafísica sin volumen inteligible". Ella es sentida y no pensada. Se desvanecería tan pronto como un juicio especulativo exigiese su justificación. Lo dice Rilke en una de sus cartas:

"...para tomar contacto con una obra de arte, nada..., resulta menos acertado que el lenguaje crítico, en el cual todo se reduce siempre a unos equívocos más o menos felices."

Esta misma idea la repite con frecuencia en su epistolario y en el "Libro de Horas", añade:

*"No quiero de Ti ninguna
vanidad que te demuestre."*

Y esto ¿por qué? El mismo nos lo dice un poco antes:

*"Yo siento que un milagro constante hay en el mundo,
toda mi vida vivida."*

¿Será una experiencia mística? Es evidente que hay poesía mística. Pero creo que la experiencia poética, nada tiene de mística, si por experiencia mística entendemos un conocimiento de Dios por connaturalidad, establecida sobre una conveniencia en la misma naturaleza. La experiencia poética no es superracional, pero no pequemos por carta de menos, diciendo que es infraracional. La experiencia poética es alógica. Su espiritualidad por así decirlo, es ambivalente; intuitiva e intelectual. Se opone a ser encuadrada en el plano de un instinto superior. No cometamos la locura de aquellos que toman la exaltación poética por "la oración en espíritu y en verdad".

La intuición es una fraternidad ontológica. El poeta no se mantiene a distancia de las cosas, sino practica sobre ellas una auscultación íntima y en un esfuerzo de simpatía se instala en el objeto, lo vive. De ese contacto surge una consonancia esplendente, ese "coesse rei et intellectus" ese conocimiento del que hemos hablado, esa verdad inmediata. El juicio poético, es una afirmación concomitante a esa connaturalidad ontológico-psicológica. Allí donde la afirmación no se da, no hay poesía sino silencio. Hay pasividad, pero no actividad, hay quietud gozosa, pero no existe el poeta, pues no habla.

Poesía es verdad o nada. La poesía no conoce el error. Ese "coesse", esa simpatía es una variable. Depende del poder que el poeta, tiene en sí para captar la existencia del objeto. El grado de introversión es el termómetro. Por ende, la verdad poética es objetiva y subjetiva a la vez. No es, en manera alguna, una verdad especulativa. Los elementos de verdad lógica, que algunos insinúan, en la poesía: la verdad de la imagen, de la metáfora, del símbolo... creemos son variables. "La obra del poeta es buena si ha nacido al impulso de una íntima necesidad" (Rilke), y será tanto más perfecta cuanto mejor reproduzca su YO afectado por el contacto existencial. Todo lo que en el poeta resuena será individualismo y universalismo, a la vez porque su eco se multiplicará en otros espíritus.

Esas afirmaciones poéticas no se enlazan nunca entre sí para fundamentarse, para darse mutua justificación. Cada una se recluye en sí. En vano se buscará un proceso lógico, coherente. El pensamiento se mueve eternamente de una intuición a otra. Por eso el poeta sobresale en dar ante el menor objeto el sentimiento de profundidades desconocidas. Es la magia de su caminar a saltos, sin quedarse quieto.

Sintetizando. La poesía, como arte que es, no tiene por fin conocer sino más bien crear por modo de espíritu y de libertad. Por eso la esencia del arte supone siempre un instante de contemplación, que origina un conocimiento por modo de inclinación, de resonancia en el sujeto, que tiende a crear una obra. La poesía es, pues, un conocimiento, pero un conocimiento-experiencia, un conocimiento-emoción, un conocimiento-existencial, un conocimiento-germen de una obra.

En poesía la expresión se hace alusiva, rehuye la referencia directa a las cosas. Describe figurativamente lo que el poeta vive de un modo inmediato. La metáfora no se enfrenta con la realidad, la provoca alusivamente. Poesía "es —habla D. Ridruejo— una sobrecarga de emoción, que actúa sobre las experiencias vitales y sentimentales, condensándolas y obligándolas a buscar una forma expresiva. Por eso esa forma no puede ser constante, porque cada poema ha de encerrarse en la forma natural que le corresponde" (4). Y Gerardo Diego en su "Poeta sin palabras" dice:

(3) LUIS PRIETO, "Belleza y forma". Razón y Fe. Enero 1951.

(4) "El correo literario", 15-X-52.

*"Llevo dentro, muy dentro, palabras inefables,
y el ritmo en mis oídos baila sus armonías,
mientras vagan perdidas, ciegas e inexpressables,
yo no sé que interiores, soñadas armonías."*

Si ahora el análisis rompiera los abismos de la definición filosófica: "tiempo es el número de movimientos considerados en cuanto que unos suceden a otros", veríamos que la poesía y la filosofía no se distinguen en su problemática, ni en su forma estilística. Es más honda su discriminación. En la poesía nada parece acabado, siempre deja horizontes abiertos, hay viva sensibilidad para los problemas, pero no se confunde con la filosofía, que es un saber riguroso y de índole peculiar. Filosofía es descenso a las profundidades íntimas del ser, buceo en las honduras esenciales de las cosas, concentración de sus dominios en unidades de conceptos universales y síntesis, por la relación, de componentes extraños. La filosofía no es vibración ni gemido sino investigación racional técnicamente realizada. Es una cosa fría, como toda exactitud, excluye la fantasía y hasta sus inspiraciones son controladas. Su función principal se caracteriza por ser, a la vez, abstractiva y sintética. Bacon decía: "Philosophia individualia dimittit, neque impressiones primas individuorum, sed notiones ab illis abstractas complectitur..." (5). Y Sto. Tomás: "Sapientia ipsa est quasi architectonica respectu omnium" (6). Cousin mismo dice que la definición de filosofía envuelve la idea de una supremacía universal; ella no recibe leyes sino que las da.

La doctrina acerca del ser es el núcleo de la filosofía y también de la poesía. El hombre, por el mero hecho de ser hombre, se mueve dentro del área del ser; otra cosa

es, que llegue o no, a tener una noción ontológica suficiente. El lenguaje deja transparentar una mínima metafísica, porque todo hombre posee una idea del ser, que hace posible su lenguaje. La poesía es aprehensión inmediata de la realidad concreta por la imagen y por la metáfora...; la filosofía es conocimiento mediato, conceptual. El poeta convive con el ser, y no le interroga como el filósofo, que se siente irritado al verse sumergido en misterios y se aquieta al conocer las razones de los hechos. El poeta convive con el ser, por eso su expresión es concreta y no abstracta como la filosofía. La intuición poética, limitada al ensueño, no va como la filosofía—si es posible tan intuición—hasta la verificación positiva; la intuición poética no está lastrada de discurso racional, de sistematización, como la filosófica...

Existen analogías entre poesía y filosofía, es indudable; pero, las analogías no deben hacer olvidar las diferencias esenciales.

El poeta no debe pretender más que enardecer musicalmente. La intensidad y la frescura de la emoción dan a la pluma dinamismo, pero eso no es filosofía. Esas ventajas emotivas parecen dispensar de metódicas elaboraciones del pensamiento, de filosofar. La poesía no es filosofía. Muchos pensadores de hoy son filósofos como pueden serlo los artistas. Bien podemos decir de los tales, aquello del poeta:

*"... ¡Hay tantos
que viven sin querer nada,
y a quienes les condecora
el fácil asentimiento
de su tribunal benévolo!*

(Rilke)

Emilio VELASCO S. I.

(5) "De dignitate et augmento scientiarum", II, 1.º 4.

(6) I, 2, q. 66, a. 5.

...como conclusión permitidme que os formule los consejos, las invitaciones y los ruegos que en otras ocasiones he dirigido a los fieles en homenaje de vuestros obispos; Venerad al obispo, representante de Dios elegido del Espíritu Santo, imagen del eterno sacerdote, sucesor de los Apóstoles.

Honrad al obispo, Pontífice de la Iglesia, padre del clero, guardián de la fe, vindictor de la moral:

Seguid al obispo, pastor de los fieles, pregonero del Evangelio, maestro de la Verdad, defensor de la virtud:

Amad al obispo, alegría de los niños, guía de los jóvenes, fortaleza de la familia, esperanza de la sociedad:

Ayudad al obispo, bienhechor de los pobres, consuelo de los enfermos, sostén de los perseguidos:

Defended al obispo, protector del orden, apóstol de la paz, consejero de las autoridades, esplendor de la diócesis.

(Del discurso de Mns. Antoniutti en la ceremonia de la Consagración Episcopal del Obispo Auxiliar de Sevilla).

ES URGENTE AVIVAR LA HOGUERA EUCARISTICA

Cuando allá por el año 1946 iniciamos nuestra colaboración a CRISTIANDAD nos servimos del valimiento del Beato Juan de Ávila, trazando su semblanza catequística y demostrando a la par que buen número de ponencias que iban a discutirse en el Congreso Eucarístico de Barcelona, habían sido objeto de atención particularísima de parte de nuestro Patrono en los principios de la edad áurea de España. Hoy, con motivo del Congreso Eucarístico Internacional que Munich se dispone a celebrar en el próximo mes de Agosto, correspondiendo a los votos del señor Director de nuestra Revista, iniciaremos nuestras aportaciones a esta segunda etapa de CRISTIANDAD, valiéndonos también de la ayuda del Beato Maestro, no sin razón llamado *el apóstol de la Eucaristía* en España, y no superado, hasta su siglo al menos, en la vulgarización de la doctrina eucarística, si nos hemos de fiar de los escritos que de aquellos tiempos nos quedan. Bien lo pudieramos comprobar cuantos apreciaban nuestras glosas en los días del Congreso Internacional Eucarístico en Barcelona (nn. 190-198).

Además, hay otra razón que tal vez ustedes ignoren, y es que los escargados de llevar adelante la Causa de la Canonización de nuestro Beato han sentido nacer fundadas esperanzas de verle pronto en la gloria de Bernini, al observar que el Papa canonizaba por la vía llamada "equipollens" al Beato Gregorio Barbarico, cuya causa tenía tantos puntos semejantes con la de nuestro Patrono. Y así pudimos leer que el Postulador de nuestro Juan de Ávila recordaba a Su Santidad, f. r., el día de la lectura del decreto aprobatorio de los dos milagros obtenidos por intercesión del Beato Juan de Rivera (*L'Osservatore Romano*, 29 feb.-1 marzo, 1960): "En la maravillosa constelación de nuestros santos del siglo xvi (Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola —San Juan de Dios, añadimos—, San Juan de la Cruz, San Francisco Javier, San Pedro de Alcántara, etc.), no por falta de luz propia, sino únicamente por especial designio de la Providencia, dos astros de primera magnitud quedaron un poco en la penumbra hasta nuestros días. Dos Juanes precisamente. Uno de ellos el Beato Juan de Ávila, Maestro de todos, ya que todos nuestros Santos del siglo xvi pasaron por su escuela de santidad, está ahora en espera, una espera que con fervor y confianza pedimos sea breve". Y nos consta que a tenor de estas palabras ha hecho, y hace, cuantas diligencias puede para poner sobre los mismos raíles que la Causa del Beato—ya Santo—Gregorio Barbarico, le de nuestra excelsa figura del Clero secular español.

Y antes de entrar en materia, nos vemos constreñidos de cara a nuestras generaciones a aducir una última observación, que nos suministra el afán de originalidad que pulula por doquier. Ciertamente que no debemos estancarnos y en la misma exposición del dogma debemos surtirnos, sin detrimento de la doctrina verdadera y de su seriedad, aquellas formas que se amolden al correr de los tiempos. Nos lo repiten con frecuencia los Sumos Pontífices. No obstante, creemos que es apartarse de las enseñanzas evangélicas tener sistemáticamente arrumbados escritos de autores de reconocida santidad y ciencia, amén de que muchas veces los que creen descubrir como propio algún pensamiento centelleante, lo hallarían las más en obras pretéritas. Citamos el Evangelio, porque en el pasaje que nuestra madre Iglesia nos pone a la consideración cuando se celebra la misa común de doctores, leemos: "Vosotros sois la luz del mundo. No puede esconderse una ciudad puesta sobre la cima de un monte. Ni encienden una lámpara y la colocan debajo del celamín, sino encima del candelabro, y alumbrará a todos los que están en la casa. Que alumbré así vuestra luz delante de los hombres, de suerte que vean vuestras

obras buenas, y den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos... Por tanto el que quebrantare uno de estos mandamientos más pequeños (las filigranas morales), y así enseñare a los hombres, será considerado el más pequeño (una nulidad o un cero a la izquierda) en el reino de los cielos (la Iglesia); MAS EL QUE LOS OBRARE Y ENSEÑARE, éste será considerado GRANDE en el reino de los cielos" (Mt. 5, 13-20).

Y así diríamos que de esta grandeza participan las revistas católicas que se afanan en divulgar la verdadera doctrina y no se sienten minimizadas por dar a conocer los tesoros de tales maestros guardados en las estanterías de bibliotecas antiguas; antes bien, lo consideran hacer Patria e Iglesia, si ello no fuera ya, al decir de los Papas, lo más prudente. No hace tanto para que se nos haya escapado de la memoria, oímos de Su Santidad en el Sínodo de Roma (*r'Osservatore Romano* de 28 de enero): "Pero también es grave proceder con cautela en la elección de estudios y de los libros, puesto que no todos son buenos, no todos son perfectos en cuanto a su conformación con la pura doctrina del Evangelio y de los intérpretes más conocidos y seguros de las enseñanzas cristianas... La superabundancia de producción literaria en todos los sectores del saber humano suele ser tentación de dispersión intelectual, de posturas extravagantes y peligrosas en las que cae el que carece de experiencia y se inclina pronto y con facilidad a confiar en sí mismo... El mismo criterio de juicio practicando la sobriedad intelectual habrán de aplicar todos, incluso a los demás estudios, previniéndose contra la tentación de parecer originales y muy modernos; es decir, criterios de confianza en la santa Iglesia docente cuando orienta y corrige (*Enc. Humani Generis*). Viene muy a propósito lo que un reciente escritor eclesiástico, muy insigne e ilustre pastor de almas, escribía paternalmente a sus sacerdotes para ponerlos en guardia: "El subjetivismo personal en teología hace más herejes; en ascética fomenta las ilusiones y en las disciplinas canónicas crea indisciplinados, y por consiguiente que se apartan de la cooperación en las de Dios (Card. Schuster)".

Bueno será advertir—y tocamos ya el objeto de estas líneas—que tratándose de costumbres o prácticas litúrgicas se ha de tener ante los ojos lo que se advierte en la encíclica *Mediator Dei*, muy oportuno para ciertas conversaciones que hemos oído en torno a lo que se ha de llamar "Statio Orbis", en lugar de Congreso Eucarístico, de Munich; "La liturgia de la época antigua es sin duda digna de veneración; pero una costumbre antigua no es, por el solo motivo de su antigüedad, la mejor, en su relación con los tiempos posteriores y las nuevas condiciones establecidas. Es ciertamente cosa santa y digna de toda alabanza recurrir con la mente y con el alma a las fuentes de la sagrada liturgia, porque su estudio, remontándose a los orígenes, ayuda no poco a comprender el significado de las fiestas y a indagar con mayor profundidad y exactitud el sentido de las ceremonias; pero ciertamente no es tan santo y loable el reducir todas las cosas a las antiguas. Así, para poner un ejemplo, está fuera del recto camino el que quiere devolver al altar su antigua forma de mesa; el que quiere excluir de los ornamentos litúrgicos el color negro; el que quiere eliminar de los templos las imágenes y estatuas sagradas... Lo mismo que ningún católico de corazón puede refutar las formulaciones de la doctrina cristiana, compuestas y decretadas con gran provecho en épocas recientes por la Iglesia, inspirada y asistida del Espíritu Santo, para volver a las fórmulas de los antiguos Concilios..., y así cuando se trata de la sagrada liturgia, no estaría animado de un celo recto e inteligente el que quisiese volver a los antiguos usos y ritos, repudiando las

nuevas normas introducidas por disposición de la divina Providencia y el cambio de las circunstancias. En efecto: este modo de pensar y de obrar hace revivir el excesivo e insano arqueologismo suscitado por el Concilio de Pistoia y se esfuerza en resucitar los múltiples errores que fueron las premisas de aquel conciliábulo y le siguieron con gran daño de las almas, y que la Iglesia, vigilante custodio del "depósito de la fe" que le ha sido confiado por su Divino Fundador, condenó con justo derecho. Efectivamente, deplorables propósitos en iniciativas tienen a paralizar la acción santificadora con la cual la sagrada liturgia dirige al Padre a sus hijos de adopción".

Esto es. Nos hemos parado a meditar algunas conversaciones sobre el Congreso Eucarístico Internacional—no queremos mentar aquellas que las rutas turísticas iluminaban el cristalino de los interlocutores—, y nos parecía que el tema central PRO MUNDI VITA quedaba oscurecido y encerrado entre los muros toscos del arqueologismo que denunciaba Pío XII, de santa memoria, antes que ser iluminado por la luz de vida que irradia la Hostia Sacrosanta. ¿Por qué todos—los que van y los que no pueden ir al Congreso—no aprovechamos estos días para examinar nuestro vivir eucarístico: qué tal andan nuestras misas, nuestras comuniones, nuestras visitas a Jesús Sacramentado, la comunión a los enfermos, las asociaciones eucarísticas en las parroquias, en los colegios, nuestras procesiones de la Minerva, del Corpus...?

"Nuestra procesión de anteayer (Corpus)—leemos en un diario de provincias—fue triste. Me pareció triste y poco gloriosa". Y el articulista traza unas pinceladas para demostrarlo, aunque tal vez no llegue a descubrir la raíz del mal. Lo más significativo es un comentario que a las palabras transcritas el mismo periódico publicaba a la semana siguiente: "El que esto escribe recuerda que allá por los años 33, 34 y 35 era un tanto aventurado el simple hecho de ir a misa en domingo, porque en el mejor de los casos se exponía uno a una pedrada. Recuerda también que en las iglesias había poca gente. Pero ¡qué fervor se leía en sus ojos! Se decían sin hablar que eran en aquel momento compañeros en una fe que tenía sus "peligros". ¡Qué poca pompa externa, es verdad; pero qué hondo y qué sincero el sentimiento religioso que no sólo no se sentía asistido del "favor" oficial, sino atacado! ¡Qué vida intensamente espiritual tenían aquellas comuniones clandestinas, las misas oídas con sobresalto, las confesiones en apariencia de intrascendente peso!" No es aquí el lugar para hacer el análisis del virus demagógico que late en estas últimas líneas, así como de la evidente inexactitud histórica que contienen—no fue el período 1933-35, sino el 1936-39 y sólo en la zona dominada por el gobierno de la República. En cambio, queremos subrayar sí que en el quinquenio 1931-1936 hubo católicos, que pasaban por instruidos, en mayor o menor número según las provincias, que asistían dominicalmente a la santa misa y comulgaban por Pascua y, sin embargo, votaban leyes contra la Iglesia. Es decir, que la pasión política pudo más que sus principios católicos.

Lo subrayamos, porque nos da la impresión que va criándose la misma larva en nuestras juventudes. Nadie negará que hoy ellas saben manejar el misalito como no sabían hacer sus padres en aquellos años a que acabamos de hacer referencia; y nos preguntamos: ¿Viven estos muchachos el espíritu litúrgico del misal? ¿Cómo explicar las paradojas de su conducta, tan impregnado de liberalismo, o sea, de doctrinas y principios morales contrarios a las normas de la Iglesia? ¿Ha progresado realmente el fervor eucarístico con las concesiones pontificias de los últimos tiempos? ¿Cómo es que los frutos no responden proporcionalmente a la cultura—no nos atrevemos a escribir formación—, que innegablemente es superior en nuestros días a los precedentes al 1939?

Para mí tengo que faltan muchos Juanes de Ávila que nos prediquen que si la Eucaristía no nos sana, es o porque

no celebramos o comulgamos con fervor, o porque no vivimos como quien comulga o celebra, o porque se comulga de tarde en tarde, o porque, en fin, Jesús Eucaristía no es la vida de nuestra alma. Y si es así concluimos: ¿Cómo lo será del ruido?

* * *

Señores y hermanos míos: con el objeto de animarles a poner su granito de arena desde el lugar que la Providencia les tiene asignado, me permitirán que copie unas palabras de nuestro Patrono (para quien tenga a mano sus *Obras Completas* puede leer sus veintisiete y tantos sermones o tratados eucarísticos, cuyo índice le mostrará la materia más conforme al tema central del Congreso). Las transcribimos del que lleva por título *Jesús Sacramentado es el árbol de la vida* (B. A. C., tomo II, serm. 45, lín. 1-95), que glosa aquella sentencia de Jesús: "Quien come carne y bebe mi sangre, vivirá para siempre" (Jn. 6, 55).

"¡Vida eterna! ¡Oh preciosa promesa! Fuéralo si prometiera el Señor solamente vida, aunque corruptible, aunque enferma; ¿qué hará prometer vida eterna a quien comiere su carne y bebiere su sangre?"

"No es menester encarecer en cuánta estima tiene todos las vidas, pues dan de ello testimonio todas las cosas que viven, así espirituales como corporales; las cuales, como desean su ser y conservación en él, así desean su propia vida; porque a las cosas que viven, el mismo vivir es el mismo ser. Si no preguntadlo a un hombre enfermo que se quiere morir, qué dará por dos años de vida... ¿Qué aprovecha al rico que tenga muchos tesoros, señoríos y reinos, si se muere y lo deja todo acá? Trocaría todo de buena gana por una poca de vida, aunque fuese con trabajos, y pidiendo por amor de Dios de puerta en puerta. Sin vida, ninguna cosa se goza, y con ella, de todas; y cuando todas fallecen, el mismo vivir da consentimiento, aunque tenga anejos muchos trabajos.

"Ea, pues, los que deseáis vivir, andad acá al manjar de la vida, que es la carne y sangre de de Jesucristo, y hallaréis en Él vida sana, alegre rica y fuerte, y no por tantos y tantos años, sino para todos los que Dios fuere Dios. ¿Quién hay que no despierte del sueño de su olvido? ¿Quién hay que no mire con otros ojos este divinísimo Sacramento, oyendo decir, y por su boca, de que quien lo come tiene vida, y vida eterna, que convida con ella el mismo Señor?"

"Pues qué, ¡si supiédes en particular cuán excelente y bienaventurada vida es aquesta! Tanto que esta vida que tenemos—que excede en valor a todas las cosas de acá temporales, según hemos dicho, y que el hombre la ama más que a todas ellas—, es cosa tan baja en comparación de la vida que el Señor promete a quien bien lo recibiere, que no tiene que ver con ella ni merece nombre de vida; antes, como San Gregorio dice, 'la presente vida es una muerte prolija', con la cual el hombre está muriendo tantos años. Esta es vida verdadera; y para deciros en una palabra la nobleza y valor de esta vida, es vida sobre toda naturaleza; pues vale más un hombre con esta vida, por bajo y pobre que sea, que todos los ángeles y arcángeles, hasta querubines y serafines, si de ella carecen... La cual vida, si el hombre no la echa de sí, no haya miedo que se acabe, como la del cuerpo, que, por muchos puntales que pongáis y por mucho que la queráis guardar de todos sus contrarios, no la podréis tener sin que se acabe.

"¡Oh, válgame Dios, y qué joya tan rica! ¿De dónde los hombres tan grande bien? No es como quiera el negocio; no es cosa que nace de criaturas, aunque ellas la tengan y gocen; mas la fuente de ella sólo Dios es. Porque como ninguna cosa puede tener ser sino participando, en su modo, del ser infinito, que es Dios, ninguna buena, ni sabia, ni fuerte, si no participa de estas perfecciones que hay en Dios; así ningún árbol, ni animal, ni hombre, ni ángel puede tener vida, si de esta infinita fuente, que es Dios, no la saca. Tuya es, Señor, la vida de todos los vivos, y tú la puedes dar y tornar a quien no la tiene; que para ti no hay nadie muerto. Y por esto se dice con mucha razón: ¡Adoraremos al Rey, al cual viven todas las cosas!

"Mas entre todas estas vidas, que de la única Vida, que es Dios, manan, es esta de que hablamos, que en aquel divino Sacramento se da. Y porque no pensemos que es vida oscura y triste, añade diciendo: Y en tu lumbre vemos lumbre. Vida rica, vida alegre; y que quien la tiene no vive en las

tinieblas más en lumbre semejable a la lumbre en que vive el Señor.

"¿Quién hablará estas cosas? ¿Quién tendrá peso para las saber estimar: que quien bien come la carne y bebe la sangre del Señor, tiene vida semejable a la vida que vive Dios? ¿Qué es esto? Hacéis a los hombres deiformes, y acabáis con darles gracia en este mundo, de engrandecer en ellos la imagen natural que a tu semejanza criaste, para que así como, Señor, tu vida es, tus placeres, tu negocio, tu ocio: conocerte, amarte, gozarte, poseerte para siempre jamás, des a los hombres vida, dándoles tu gracia, con que te conozcan y amen y gocen acá en su modo, y en el cielo en el tuyo, que, según se ha dicho, valga más un hombrecito que la tiene que millones de ángeles, si caremen de ella! No es vida corporal ésta, que haya menester diente ni vientre; vida es del ánima—y es la mejor parte del hombre—, y que se ceba y mantiene de sólo Dios, y hace por siempre bienaventurados los que la viven".

MARTIRIÁN BRUNSO, Pbro.

Gerona, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, 1960

PERSPECTIVAS DE CRISTIANDAD

FRENTE A UN MUNDO EN ESTADO DE GUERRA, LA IGLESIA, EN ESTADO DE CARIDAD

Una serie de sucesos luctuosos producidos en los últimos meses en distintas partes del mundo, nos ofrecen una provechosa meditación sobre la caridad y su sentido para la autenticidad cristiana y la fraternidad entre los hombres. Basta citar los más recientes de Frejus, Agadir, Chile y quizá algunos más, que han provocado un consolador movimiento de solidaridad en todo el mundo y han llevado a una toma de conciencia sobre la inaplazable necesidad de organizar la caridad entre los católicos en la forma de instituciones internacionales, que podrían garantizar una mayor eficacia de las actuaciones.

Al margen de estas "actualidades" quiero recordar que por los días en que el mundo experimentaba mayores inquietudes sobre la paz por efecto del fracaso de la conferencia "cumbre" de París, su Santidad el Papa, Juan XXIII, presidía en Roma las solmenes ceremonias de consagración de 14 obispos destinados a regir diócesis diseminadas por África, Asia y Oceanía. Este gesto simbólico tenía especial significación por producirse cuando en estos tres continentes se suscitan tantos problemas al despertar los pueblos y reclamar frenéticamente regímenes de absoluta independencia, legítimas aspiraciones que aprovecha el comunismo internacional para fomentar movimientos peligrosos de hostilidad entre la raza blanca y las de color. Precisamente en estos momentos es cuando la participación del Papa en la ceremonia citada tenía el valor de un símbolo expresivo de paz auténtica y universal puesto que podían verse multitudes blancas pertenecientes a los pueblos más viejos y cultos de la tierra arrodillados para recibir la bendición de unos obispos negros y amarillos, convertidos en legítimos sucesos

de los discípulos de Cristo, y al Papa confiándoles con plena seguridad el cuidado de aquellas almas de sus pueblos para que por su mediación reciban las gracias redentoras del Evangelio.

En el discurso que el Papa pronunció con este motivo sentó las únicas bases posibles para una convivencia segura y permanente: el respeto a las leyes morales y a la *caridad evangélica*, únicos principios que pueden superar los conflictos nacidos de los contrastes entre intereses de orden material.

* * *

Desde hace 12 años se viene celebrando en Lourdes jornadas de oración y estudio sobre las obras de caridad. Este año, con ocasión del tricentenario de San Vicente de Paúl, estas jornadas han tenido una resonancia muy particular.

En ellas se ha expuesto—entre otras muchas obras—la labor realizada por algunos sacerdotes católicos con 50.000 españoles refugiados en la diócesis de Montpellier, a los que se les atiende de forma metódica y coordinada en los planos material, social, cultural, espiritual, asociando a los sacerdotes y capellanes con los laicos españoles y militantes franceses de acción católica en una perspectiva pastoral, misiona y eclesial.

En Agadir, la obra de los católicos franceses, italianos y españoles ha sido altamente ejemplar, como lo han reconocido el propio sultán de Marruecos y otras autoridades del reino marroquí. Estos mismos días asistimos al despliegue

de la caridad española hacia las víctimas de los terremotos de Chile, cuyo balance todavía no es posible trazar, porque incluso la dislocación sismológica parece hallarse en proceso. No tratamos de presentar un resumen estadístico de las obras de caridad católica sino de desprender su sentido de solidaridad humana, y, sobre todo, de autenticidad cristiana. En "esto", y solo en "esto" nos conocerán y si fallamos en la caridad, Dios mismos nos juzgará extraños a su reino...

No quiero terminar este comentario sin recordar la obra ejemplar de los católicos alemanes, que en la campaña de Cuaresma alentada por el Episcopado y el clero, han con-

seguido reunir efectivos por un total de tres mil millones y medio de francos en 1959 y cuatro mil novecientos millones en 1960 en favor de los países más atrasados.

He citado singularmente este ejemplo porque revela una comunidad capaz de sentir "una caridad planetaria", o mejor dicho, "católica", puesto que se ejerce en favor de hermanos lejanos y desconocidos hacia los que no pueden sentirse atraídos por ninguna emoción fácil de proximidad, sino por una conciencia rigurosa de la hermandad de todos los hombres en el Cuerpo Místico de Cristo.

JESÚS SÁINZ MAZPULO

EL CATOLICO Y LA POLITICA

No creemos que el católico, el seguidor de Cristo, deba regocijarse, ante el fenómeno mundialmente observable, de que el interés del hombre actual por lo político ceda ante el que demuestra por cuanto tienda o prometa la igualdad social y económica.

En primer lugar aquel desinterés es producto de un desconocimiento exacto de la respectiva valoración y gradación que debe conferirse a lo político, a lo social y a lo económico. Y asimismo es debido al escepticismo natural que el fracaso de las ideologías políticas al uso, al ser puestas en práctica o acción, le produjeron.

Bien sabido es que corresponde a la Filosofía católica la dignificación política del Hombre, su igualdad ante la Ley, precisando sus derechos y sus deberes.

La antigüedad clásica, con su Filosofía pre-cristiana, impregnada de un espíritu humanista carente de una espiritualidad básica sobrenatural, no pudo, ante realidades que encontraba, establecer principios absolutos.

Correspondió a la Filosofía cristiana ir debelando las impurezas de las estructuras políticas y su espíritu y enseñanzas fueron parcialmente aprovechadas por movimientos o corrientes protestatarias que en su afán revolucionario, producto de la soberbia humana, llegó a renegar sus fuentes y el Cesarismo absolutista, nunca tradicional en España, fue en todo el Mundo cristiano socavado y desprestigiado.

Paradójicamente, la esencia del Cristianismo, con su exaltación del Hombre, alimentó corrientes ideológico-políticas que pretendían negar la vigencia del Cristianismo como única Verdad básica.

El hombre occidental luchó por sus libertades y obtuvo, en determinadas circunstancias de lugar y tiempo, una cierta porción de libertad y consideración políticas.

Pero pronto advirtió que esa libertad de determinación política no le conseguía la pronta satisfacción de sus aspiraciones sociales y económicas de igualdad.

Y de aquí su escepticismo ante fórmulas que si teóricamente le proporcionaron una libertad y una igualdad políticas no acertaron a obtenerle las correspondientes en lo social y lo económico.

De aquí, también el contra-sentido actual de que después de una lucha tan prolongada, finalmente victoriosa, contra lo que se llamó la tiranía absolutista ahora esté dispuesta gran parte de la humanidad a ceder o vender su libertad política por ciertas seguridades hipotéticas de igualdad so-

cial y económica en cuyos órdenes, ciertamente, tampoco gozará de libertad.

Si a grandes rasgos tal es el proceso que la ceguera humana recorre, basta reflexionar objetivamente para averiguar el porqué.

Cuando el hombre, políticamente libre, pudo escoger su dirección política incurrió en faltas capitales fruto de su ignorancia y egoísmos. Lejos de ser su determinación una manifestación de su espiritualidad, representó la expresión genuina de su materialismo. Sentimientos, creencias, intereses elevados, todo cedió ante impulsos primarios de resentimiento, envidia o deseos de bajas satisfacciones.

Quienes ofrecían seguir inmediatamente un falaz camino hacia la consecución de un bienestar material, fácilmente obtuvieron el apoyo popular aunque fuera en menoscabo o contra los más sagrados intereses espirituales.

Y al fallar sucesivamente la obtención de aquella inasequible igualdad social y económica; al ser evidente que en lo social y lo económico la igualdad en el bienestar, no en la justicia, solo ha de ser el resultado de una feliz y libre elección y aprovechamiento de una igualdad de oportunidades, vino el desencanto y la entrega a quienes falazmente prometen una futura e hipotética felicidad material a cambio de enajenar para siempre aquellas libertades políticas que tanto costó establecer y conseguir.

No otra es la explicación del auge del marxismo en todas sus capciosas facetas.

Si lo político consiste en establecer cuanto se refiera al Poder, a su ejercicio, desarrollo, renovación y fiscalización.

Si por lo tanto lo político se funda en una Filosofía, ha de tener y tiene un contenido social y económico que ha ido desarrollándose al compás de la progresiva complejidad del humano existir.

Por lo tanto, es lo político lo que determina el camino a seguir en lo social y lo económico.

Es lo político la parte espiritual que informa, dirige y hace posible la ordenación justa de lo social y de lo económico.

Lo contrario es admitir la primacía de lo material frente a las necesidades o aspiraciones legítimas del espíritu.

Por ello, el católico, el cristiano, ni puede pensar en marxista ni debe permanecer indiferente ante cualquier ideología que presuponga un retroceso de aquella dignidad que en el orden natural confirió al hombre la doctrina predicada por Cristo.

J. C. DE SOBREGRAU

El laicismo, error fundamental de nuestro tiempo

(Roma, 25 marzo 1960)

(Continuación)

Tentaciones del laicismo para el laicado católico

Pero nuestras consideraciones no pueden quedarse aquí. El cuadro no quedaría suficientemente iluminado, si no se esclareciese otro problema: el peligro de que la idea laicista se infiltre también insensiblemente entre las filas del Clero y del laicado católico. El error está tan arraigado en la atmósfera cultural y social que respiramos continuamente, que representa una insidia cierta incluso para estas almas que deberían estar libres de él.

En el laicado católico la mentalidad laica puede dar lugar a tentaciones fáciles, de las cuales enumeramos las principales:

a) La tendencia, en nombre de una mayoría de edad ya alcanzada, a sustraerse a la influencia y a la guía de la Jerarquía y del Clero, persuadidos de que solamente así el laicado puede conseguir conciencia plena y completa ciudadanía en la sociedad religiosa, así como en la civil.

b) La tendencia a reivindicar una independencia total de la Iglesia en la esfera de lo "profano", no dándose cuenta de que dentro de los aspectos técnicos y contingentes de los problemas temporales se agitan tantas veces cuestiones de principio sobre los cuales la doctrina católica no puede por menos de pronunciarse.

c) La tendencia a menospreciar o a poner en duda la capacidad del mensaje cristiano para resolver los problemas sociales del mundo de hoy, porque la Iglesia tendría una visión demasiado trascendente de los problemas humanos; porque su actividad docente se limitaría solamente a la enunciación de principios generales; porque a Ella, en la necesidad de mediar entre las fuerzas destinadas a la decadencia y de las que se presentan en el horizonte, le faltaría valor y audacia para afrontar la ruda realidad de este mundo en dramática evolución.

d) La tendencia a resbalar sobre el plano inclinado de un sutil naturalismo, desvalorizando la acción docente y sacramental de la Iglesia en el orden del progreso humano y dando la precedencia, si no la exclusividad a medios terrenos; aceptando — en forma más o menos evidente — los métodos y el estilo de los adversarios, dirigiendo la atención al éxito inmediato, dando exagerada importancia a las manifestaciones de la masa y al aplauso de la opinión pública.

e) Tendencia a ser indulgente con formas de amarga polémica interna y a preocuparse más de la apertura hacia el mundo externo que de la caridad fraterna y de la unidad de espíritu con aquellos que — a pesar de las inevitables deficiencias y lagunas — trabajan y sufren a su lado.

f) La tendencia a oponer la Iglesia carismática a la Iglesia Jerárquica, las inspiraciones internas del corazón al orden externo de la disciplina, persuadidos de que están obligados a separar las manifestaciones visibles del Cristianismo de aquellas que forman su sustancia profunda sobrenatural; que la caridad basta para todo, al margen de toda estructura jurídica.

g) La tendencia a equiparar el laico al sacerdote afirmando una insustituible complementariedad por el paralelismo de funciones y de poderes, y atenuando, hasta casi destruirla, la diferencia que existe entre el Sacerdocio genérico que posee todo cristiano — en cuanto miembro del Cuerpo Místico de Cristo, Sumo Sacerdote — y el sacerdocio propiamente dicho, fundado sobre el carácter sacramental recibido en la Ordenación.

Causas de estas tentaciones

Las causas de estas tentaciones fáciles, en que puede caer el laicado católico, son diversas y los canales de desviación múltiples. Indiquemos las principales de estas causas:

a) La falta de cultura teológica, especialmente acerca del misterio de la Iglesia, su naturaleza, poderes, relaciones externas e internas. Para muchos de nuestros seglares los conocimientos teológicos son escasos, inorgánicos y confusos; están inmersos en una cultura profana de tinte laico; desgraciadamente, la instrucción escolar en nuestro país se lleva a cabo todavía en un clima predominantemente laico.

b) La influencia de la prensa, cuya orientación es, decididamente o al menos por tendencia, laica. Con esta clave la prensa interpreta habitualmente, aun respetando exteriormente la religión, la presencia de la Iglesia en el mundo de hoy, el modo de establecer las relaciones entre Iglesia y Estado, la acción de los católicos, la complejidad de los problemas morales que se ofrecen a la atención pública. Muchos católicos leen tal prensa o porque no tienen aprecio a la católica o acaso con la buena intención de querer conocer la crítica adversaria para combatirla más eficazmente. De hecho, terminan por absorber lentamente su veneno.

c) La influencia de cierta literatura religiosa de vanguardia, especialmente de allende los Alpes, en la que una inquietud constitucional va acompañada de las más peligrosas audacias de pensamiento y se aplaude sin reserva toda experiencia de apostolado que se sale fuera de los esquemas tradicionales con la convicción de que sólo así se abre la puerta a métodos válidos para restablecer los contactos perdidos con el mundo.

d) La influencia del protestantismo ya en la propaganda renovada con vigor en no pocas ciudades y regiones, ya en la difusión a través de revistas de las nuevas doctrinas teológicas, ya en los movimientos de carácter espiritualista, por ejemplo el movimiento de Caux; ya en la literatura y en la producción cinematográfica y teatral.

e) La influencia de la concepción democrática que lleva a alguno a querer aplicar indebidamente a la Iglesia los esquemas de la sociología humana, como si la determinación de la verdad religiosa y el ejercicio de los poderes sagrados debieran someterse al consentimiento del laicado y al juego de las mayorías y minorías.

f) La supervaloración de la acción del laicado, como en oposición a la obra del sacerdote, acaso no siempre tan brillante en el ámbito externo; la facilidad en interpretar — especialmente en ambientes jóvenes — sencillas y sinceras palabras de la Jerarquía como una especie de investidura suprema, por considerarse salvadores de la situación, detentores de carismas especiales hasta alcanzar a veces, bajo el influjo del orgullo, de la adulación de los amigos, de los aplausos de la muchedumbre, de los consentimientos tácitos de algún incauto maestro, actitudes de intolerancias de toda disciplina.

g) La falta en algún miembro del Clero, cuya actitud — de autoritarismo excesivo y de desconfianza en las consideraciones con el laicado, de mentalidad estrecha y de estrechez de miras a los problemas actuales del apostolado y de la vida social, de prudencia no avisada y de poca moderación en su justa intervención en el terreno político

co— puede determinar dolorosas situaciones de incompreensión recíproca, de críticas mutuas, de desconfianzas y oposiciones.

h) La carencia de una formación espiritual sólida, la cual— unida al duro y diario contacto con un mundo que crece poco en las virtudes cristianas profundas, humildad, paciencia, veracidad, caridad, justicia, desinterés, etc.— puede provocar también en el laicado católico un estilo intelectual y práctico opuesto al mensaje cristiano y ajeno a él, y llegar a confundir la decisión con la violencia, la inteligencia con la astucia y el cálculo, la urgencia de las transformaciones sociales con la revolución, el ímpetu ardiente con la impaciencia rebelde, el Reino de Dios con el dominio de la tierra, el servicio de la Iglesia con la pretensión de poner la Iglesia al servicio de las ideas e intereses propios.

Aquí hablamos de tentaciones posibles, de tendencias que pueden surgir, no de un estado de hecho que tenga una misma importancia. Estas llamadas a la vigilancia no pretenden negar del todo o poner en duda la contribución extraordinaria y maravillosa que el laicado católico ha ofrecido a la Iglesia en nuestro país, en estos últimos años. Es un brillantísimo capítulo de historia que ninguna nube puede en modo alguno empañar.

EL LAICISMO Y EL CLERO

Pero la mentalidad laica puede infiltrarse entre nuestras filas, queridísimos sacerdotes, especialmente en las generaciones más jóvenes, y llevar insensiblemente a posiciones doctrinales y, sobre todo, prácticas ruinosas, así para nuestra vida espiritual como para el afianzamiento de nuestro apostolado.

El laicismo es la negación o el desconocimiento de lo sobrenatural y de todas sus manifestaciones sobre la tierra; acentúa los valores humanos y el descuido de los sagrados y divinos. La infiltración de esta mentalidad, aun inconsciente, en el Sacerdocio puede llevar a desviaciones gravísimas. Recalcamos algunas entre las más fáciles de darse en la situación actual:

a) La tendencia hacia un humanismo seductor en sus perspectivas, pero ambiguo en sus estructuras profundas, cuyo sentido de los valores humanos y su consiguiente búsqueda, así en la vida personal como en el trabajo apostólico, ocupan un lugar tan absorbente y preponderante que hace olvidar o relegar a los límites del propio pensamiento y obrar la gracia y los medios auténticos de la gracia.

b) La tendencia a buscar con una exagerada sensibilidad los valores de la propia personalidad humana, de la independencia propia y autonomía de pensamiento y de acción con detrimento de los valores insustituibles de la obediencia y de la humildad, olvidando que el mismo Sacerdocio es válido y eficaz en la medida en que está unido a Cristo mediante la mediación visible de la Iglesia y de su Jerarquía.

c) La tendencia a anteponer en el planteamiento del propio apostolado la obra de redención humana a aquella religiosa y moral con la convicción de que— en el mundo de hoy— la acción más urgente es también para un sacerdote la reforma social, cultural, económica o política, olvidando que las reformas externas de estructura son deber de los seglares y que, por otra parte, se exponen a terminar en el más tremendo fracaso, si no van acompañadas de la transformación interna de la conciencia, misión ésta que concierne específicamente al sacerdote.

d) La tendencia a disminuir las distancias entre sí y el mundo, no sólo en la justa línea de un esfuerzo que tiende a comprender y a penetrar en los diferentes ambientes, a llevar a todos los beneficios de la palabra y presencia sacerdotal, sino por la manía de asemejarse a los otros a atenuar

la fuerza del propio mensaje, a amortiguar la separación tan manifiesta del traje talar, a dar lugar a un irenismo que quisiera presentarse como amor de la vida tranquila, que olvida la advertencia solemne: *Nolite conformari huic saeculo*. No os conforméis a este siglo (Rom. 12, 2).

e) La consiguiente tendencia a confundir la necesaria puesta al día— en el plano cultural y apostólico, en las ideas, métodos, instrumentos— en necio anhelo de novedades, en búsqueda vana de modernismo a toda costa, de soluciones audaces y peligrosas, adoptando frente a los hombres y las ideas del pasado actitudes de amarga polémica, de sistemática e indistinta detracción, de suficiencia molesta.

f) La tendencia a adoptar modos seculares en el comportamiento y sentir, o adoptar frente a los seglares un desenfado áspero y afectado que a veces raya en despreocupación, a dar a entender un sentido de intolerancia del hábito eclesiástico, de las funciones propiamente sacerdotales por el deseo de evadirse del ambiente de ocultamiento y de discreción propio de la vida sacerdotal.

g) La tendencia a poner sordina a la importancia insustituible que tienen en la vida sacerdotal la mortificación y el renunciamento, hasta pensar que ya la ascética católica tradicional pasó a la historia y sería incapaz de proporcionar cualquier verdadera orientación de vida, por lo cual estaría uno obligado a dar al traste con ella en contacto con la experiencia de la vida.

h) La tendencia a preferir la afanosa investigación de la problemática cultural actual, en lugar de atenerse a las normas seguras de la palabra de Cristo y de la enseñanza de la Iglesia, anteponiendo el estudio de las realidades profanas al de las ciencias sagradas, el amor a los libros de los hombres al de los libros de Dios, una vaga literatura teológica a la teología sistemática, el ansia de la vana curiosidad al hambre y sed de verdad evangélica.

i) La tendencia a falsear en la vida sacerdotal, bajo influjo de todas estas desviaciones, la justa jerarquía de valores: a la primacía de la gracia sustituir la de los instrumentos y técnicas humanos; a la primacía de la oración la de la acción exterior; a la primacía de la formación interior de las almas la de las obras y de la organización externa; a la primacía de la calidad la de la cantidad; a la primacía de la sustancia la de las experiencias; a la primacía de la fe la de la habilidad y del cálculo humano; a la primacía de la humildad y sencillez la del poder y petulancia orgullosa.

A nadie puede ocultarse la importancia actual de estas tentaciones. Tal vez muchos ignoren los estrechísimos vínculos que existen entre ellos y la mentalidad laica moderna. Sin embargo, tales vínculos parecen evidentes ante un examen no superficial de la situación. Ceder a tales tentaciones significaría para nuestro Sacerdocio perder su natural fisonomía, su fisonomía sobrenatural y condenarle a la esterilidad y a la muerte.

Línea de acción sacerdotal en el mundo exterior laico

Nos hemos esforzado, queridísimos sacerdotes, por establecer un diagnóstico de esta herejía moderna que se llama laicismo, tratando de descubrir algunos rasgos esenciales de su estructura interna y de sus posibles infiltraciones en el campo católico y sacerdotal. Ahora deseamos presentar algunas indicaciones prácticas de orientación, para que nuestra acción sacerdotal sea luminosa y oportuna en las relaciones con el mundo exterior laico, en las relaciones con nuestro laicado católico, en el desarrollo de nuestra vida personal, recordando lo que afirma el Pontífice reinante: "Hoy los cristianos fervorosos esperan mucho del sacerdote. Quieren ver en él en un mundo donde triunfa el poder del dinero, la seducción de los sentidos, el prestigio de la

técnica, un testimonio de Dios invisible, un hombre de fe, olvidado de sí mismo y lleno de caridad" (Juan XXIII, *Sacerdotii nostri primordia*).

Mejor conocimiento del fenómeno laico

Ante todo procuremos adquirir una conciencia concreta y precisa del fenómeno laico. Es la primera premisa para una acción pastoral esclarecida y eficaz. Con todo, no todas las almas sacerdotales poseen esta claridad de ideas. Algunos se limitan a un conocimiento superficial y sumario del fenómeno en un terreno de polémica puramente accidental. El fenómeno —lo hemos visto— es complejo en su estructuración interna y proteiforme en sus manifestaciones externas. Urge, por tanto, tener una idea segura y una comprensión exacta.

Conocer significa captar las razones filosóficas, históricas, ambientales, psicológicas del fenómeno, observando claramente sus analogías con las diferentes herejías y aberraciones de ayer y de hoy.

Conocer significa penetrar claramente los motivos por los que tantas almas hacen suya la actitud laica. Estos motivos son muy diversos y varían casi de alma a alma, superficialidad, ignorancia religiosa, pasión política, resentimientos por hechos marginales y con frecuencia triviales, cautiverio por prejuicios heredados del ambiente, de la posición ideológica, etc.

Conocer significa penetrar con claridad en ese complejo de ideas y de tendencias que el laicismo desarrolla en los diferentes sectores de la vida, cultura, escuela, Estado, asistencia, costumbres públicas, etc.

Para este fin exhortamos a los profesores de los seminarios, a los escritores en revistas y diarios católicos, a los organizadores de Congresos de estudios y de otras iniciativas análogas a poner el más asiduo empeño en proporcionar a sacerdotes y seglares una orientación segura, serena, oportuna sobre este tema.

Firme vigilancia contra los errores

a) Adoptemos una postura clara y firme vigilancia contra los errores. Las posiciones equívocas para nada sirven, sólo aumentan la desorientación en la comunidad cristiana, ningún compromiso es posible en el terreno de los principios, ningún espíritu de aquiescente irenismo debe penetrar en nuestras filas en una época en que todos los enemigos de la Iglesia saben claramente lo que quieren y persiguen sus fines sin debilidades y vacilaciones.

Jamás debe amortiguarse la fuerza de nuestra vigilancia. Ya indicamos al principio los diversos sectores de la vida nacional donde el laicismo libra actualmente sus mayores batallas. Queremos llamar la atención especialmente sobre los problemas de la familia, de la escuela y de la moralidad pública —prensa, espectáculos, etc.—, acerca de los cuales hoy se libra la batalla.

Profunda caridad a los extraviados

b) Acerquémonos e iluminemos con espíritu de profunda caridad a los extraviados. No basta la obra de vigilancia y de defensa. Todo sacerdote debe sentir inextinguible en su alma la necesidad de buscar toda posibilidad de contacto y de acción iluminadora para las almas de estos hermanos extraviados. No podemos resignarnos a su distancia y hostilidad. Son también hijos de Dios, también ellos tienen un alma que salvar. El apostolado es tensión amorosa, especialmente hacia los alejados, hacia los judíos y los griegos que piden los milagros y buscan la sabiduría. A todos tenemos que predicar a Cristo crucificado (I Cor, I, 21 sig).

El corazón de todo sacerdote debe multiplicarse en las

iniciativas inextinguibles de la caridad, intentar abrirse todo camino posible en el mundo de las desconfianzas y prevenciones, aprovechar toda ocasión útil para poner en contacto estas almas con la realidad maternal de la Iglesia, evitar cuidadosamente todo lo que puede dar pretexto de hostilidad o de desprecio hacia las cosas sagradas, eliminando de la piedad cristiana toda expresión no digna de fe y de culto, esforzándose por comprender las dificultades y dudas ajenas, reconociendo lealmente y aceptando los valores auténticos y las legítimas aspiraciones que pueden ocultarse también dentro de la inquietud y la violencia de posiciones polémicas exasperadas.

MISIÓN PROPIA DEL LAICADO CRISTIANO

A los laicos en el sentido peyorativo de la palabra debemos contraponer los laicos en el sentido cristiano, formados interiormente, plenamente conscientes de su puesto y responsabilidad en el ámbito de la Iglesia, fervientes colaboradores de la Jerarquía en las organizaciones de Acción Católica, testimonios fieles del Evangelio en las diversas realidades de la vida con su ejemplo y palabra.

A ellos está confiado como misión propia la edificación de la ciudad terrena, asumiendo tareas concretas temporales, mientras que al sacerdote queda la misión de formarlos, de dirigirlos espiritualmente, de proporcionarles los medios de la gracia.

Formación interior

a) Cuidemos ante todo de que estos seglares tengan una profunda formación interior, démosles una sólida educación ascética que los lleve al respeto y a la práctica de las virtudes cristianas fundamentales de la caridad fraterna, de la humildad, de la docilidad, de la obediencia, de la abnegación. La experiencia enseña que con demasiada frecuencia las aptitudes eróneas de nuestros seglares van unidas a una falta de formación ascética o a deformaciones ascéticas que comprometen la responsabilidad de sacerdotes, de religiosos, de directores espirituales. Por tanto, fomentemos por todos los medios entre las filas de los militantes de Acción Católica, especialmente, aquellas iniciativas que resultan más adaptadas al fin: ejercicios espirituales, retiros mensuales, reuniones de espiritualidad, etc. Nunca insistiremos bastante sobre la práctica frecuente de los Sacramentos, fuente primera de toda verdadera formación interior.

Sentido de Iglesia

b) Formemos a nuestros seglares en "el sentido de la Iglesia", a la luz de las grandes Encíclicas *Mystici Corporis* y *Mediator Dei* del Sumo Pontífice Pío XII. En esta perspectiva comprenderemos, por encima de los aspectos externos y jurídicos de la Iglesia, su profundo misterio de mediación insustituible entre Dios y las almas, el valor de su misión espiritual en la historia, y se darán cuenta del grave error en que cae el que cree trabajar por el Reino de Dios apartándose de la comunión con la Iglesia y con la Jerarquía visible que la gobierna.

Y entonces para estos seglares formados "el sentido de la Iglesia" significará amor filial e íntima participación en la vida de la Iglesia en sus luchas y sufrimientos, en sus persecuciones y conquistas; significará acogida amorosa y atenta de la enseñanza doctrinal y de las directrices prácticas, viendo en la Jerarquía y en sus disposiciones una presencia de amor y de solicitud por el bien de las almas; significará participación consciente en la vida litúrgica, mediante la cual se profundizan los vínculos espirituales de cada alma con la comunidad de los hermanos; significará, por último, ferviente actividad por dilatar el Reino de Dios sobre la tierra, según las posibilidades de cada uno.

Formación ascética, religiosa y social

e) Cuidar—al mismo tiempo que la formación ascética—de que tengan profunda cultura religiosa de tal manera que nuestros seglares—sobre todo si son miembros de la Acción Católica y están investidos de responsabilidades colectivas—tengan un claro y sistemático conocimiento de los términos teológicos de los problemas actuales con relación especial a las dificultades de orden teórico y práctico planteadas por el laicismo. Tal claridad de ideas se exige especialmente sobre la doctrina social de la Iglesia para evitar actitudes y posiciones que pueden prestarse a equívocos y dudas.

Espíritu de amor y respeto al laicado

d) Procuremos evitar en nuestras relaciones con el laicado toda forma de autoritarismo exagerado. Trabajemos con profundo espíritu de amor y respeto, comprendiendo y disciplinando amorosamente impacencias e imprudencias, facilitando la inspiración religiosa y moral, pero estimulando a cada uno a la iniciativa y al sentido de responsabilidad personal, acogiendo de buena gana todas las propuestas útiles que puedan provenir de él, esforzándonos al máximo por tener en cuenta sus justas exigencias, mostrando en todo una superior amplitud de miras, utilizando su colaboración “de la manera como el Creador y Señor se sirve de las criaturas razonables como instrumentos, como causas segundas, con una suavidad llena de respeto” (Pío XII), no invadiendo los campos donde no tenemos derecho alguno para dar directrices, puesto que el juicio y elección dependen de la libertad de cada uno.

Que sea testimonio, no escándalo

e) Finalmente, hagamos conscientes a nuestros seglares de la grave obligación que tienen de dar pleno testimonio, en todas las actividades de la vida, de la fe que profesan. Muchos alejados no se ponen en contacto con la Iglesia sino por medio de ellos. Con frecuencia ciertas formas de anticlericalismo no han surgido de negativas conscientes de la doctrina católica, sino de malos ejemplos dados por cristianos.

Su incoherente modo de obrar, la mediocridad de su espíritu, la falta de apertura plena a los problemas del mundo, al relegar la religión a simple exterioridad rutinaria, la profesión de la fe, empleada solamente como bandera exterior para abrirse camino en la vida y alcanzar intereses terrenos, todos estos hechos contingentes proporcionan con frecuencia motivo y pábulo—más que profundas razones especulativas—a formas de laicismo casi insuperables. Si no se vigilan, los cristianos en vez de ser camino para Cristo pueden convertirse en obstáculo que impida llegar a Él.

SANTIDAD DE LA VIDA SACERDOTAL

La última palabra sólo puede ser para nosotros una invitación a la santidad. Todo lo que hemos dicho hasta ahora de nada serviría si no partiese de un presupuesto esencial: la santidad de la vida sacerdotal.

Al laicismo le venceremos más que con nuestra dialéctica con la práctica coherente de nuestra vida. Él es la negación de lo sobrenatural sobre la tierra, la repulsa de la presencia de Dios y de Cristo en el mundo, y nuestra vida sacerdotal está llamada a ser precisamente un testimonio visible, concreto y vivo de lo sobrenatural, de Dios y de Cristo en el mundo.

Sepamos ver detrás de la aspereza de ciertas críticas y la violencia de ciertos ataques una inconsciente nostalgia de un sacerdocio santo e inmaculado, a veces tal vez una amarga desilusión ante el espectáculo de mediocridad y de

incoherencia que algunos de nosotros ofrecen, con frecuencia; un ilegítimo y rudo paso de la comprobación de nuestras debilidades individuales a la incriminación general de la Religión y de la Iglesia.

Por consiguiente, aprovechemos esta dura época espiritual en que hemos sido llamados a vivir y a obrar para que cada uno examine de nuevo nuestro Sacerdocio y lo levante, donde sea necesario, a aquella plenitud que Cristo y el mundo exigen de nosotros. Tiempos excepcionales exigen hombres y apóstoles excepcionales.

Contra las tentaciones fáciles de un naturalismo invasor, apoyemos nuestro sacerdocio sobre las grandes realidades de la gracia, de la oración, de la íntima unión con Dios, de la mortificación, de la humildad del ocultamiento, de la entrega desinteresada de nosotros mismos a los demás.

Que sea siempre visible la sobrenaturalidad

Surja vigorosa e indiscutible por todas partes y siempre la sobrenaturalidad de nuestros fines, de nuestros medios, de nuestros métodos. Todos deben comprender que en nuestras obras se respira lo sobrenatural, se sirve a Dios y sólo se persiguen los intereses espirituales de las almas, que toda mira humana se rechaza, que no nos impulsa el afán de ganancias terrenas ni la complacencia de popularidades fáciles, ni la sed de dominio y de poder humano. El rostro de nuestro Sacerdocio tiene que presentarse, hoy sobre todo, en todo su fulgor inmaculado.

Aún cuando estemos obligados, por estricto deber de nuestro ministerio, a interesarnos por el mundo exterior (problemas sociales, políticos, morales, etc.), hagámoslo como ministros de Dios, no perdiendo nunca la moderación santa de nuestro estilo sacerdotal, de modo que todos comprendan que nuestra intervención está motivada únicamente por razones superiores—los intereses de Dios y de las almas—y no por pasiones e intereses terrenos. Y en aquellos casos, a veces dramáticos, para nuestra alma de sacerdotes, ¡qué esfuerzo de exquisita caridad, qué búsqueda afanosa de los modos más oportunos, qué serenidad superior y prudencia, qué profunda inspiración interior deben vibrar detrás de nuestra palabra! Nuestra misión es siempre ardua, pero lo es más especialmente en estas circunstancias en que nuestra palabra tiene que afrontar problemas de la vida temporal y no perder nada de su dimensión sagrada; tiene que resolver cuestiones contingentes y seguir siendo voz de eternidad.

Seamos, pues, hombres de Dios, dispensadores de los misterios de Cristo, testimonios vivos de la realidad sobrenatural, administradores incansables de la gracia, almas enraizadas en la oración y el sacrificio.

Sólo así nuestras obras exteriores no estarán edificadas sobre la arena, sino que se apoyarán sobre la roca y llegarán a lo hondo de las conciencias, abriendo a este mundo enfermo de hoy el camino del Reino de Dios.

RESUMEN

Queridos Sacerdotes: cuanto os hemos escrito tiene un significado sencillo y puede resumirse en estas breves palabras:

Daros cuenta de que graves peligros de confusión mental han penetrado en derredor y amenazan especialmente a los mejores de nuestros fieles, pero también a vosotros

Sed “vosotros mismos” y no imitadores incautos de otros que están fuera de las puertas del templo

Uno es vuestro Maestro, Jesucristo, y una sola la auténtica continuadora de la palabra de Jesucristo: la Iglesia

Sed conscientes del mal, no aceptéis componendas al juzgar el mal; sed fieles hasta el fondo de vuestra vocación.

Roma, 25 de marzo de 1960 Fiesta de la Anunciación

EPILOGO A UNA ENCUESTA DE CRISTIANDAD

La encuesta sobre Arte Sacro y Arte Moderno, suscitada en nuestras páginas, a raíz de unos comentarios al libro de José María Valverde "Cartas a un Cura escéptico en materias de arte moderno", es de los temas, que si se me perdona la llaneza y escaso academicismo de la expresión, han traído cola. Las más diversas, amplias, meditadas e incluso ocurrentes opiniones, han llegado a nuestra Redacción para sumarse a esta polémica sobre el Arte Sacro.

Lo que en definitiva constituye un galardón y una alegría para CRISTIANDAD es que los puntos de vista, tanto de los que fueron invitados a emitirlo por escrito o en público Coloquio, como de los que espontáneamente, de palabra o también por escrito, nos manifestaron su parecer, no se han apartado en lo esencial de la recta doctrina enseñada por el Magisterio de la Iglesia, a la que tan gozosamente servimos y acatamos.

No es posible, en un epílogo, que, a fuerza de epílogo, para no ser cansado, debe ser breve, recordar todos las opiniones que pueden suscitar un interés, y así nos hemos de limitar —lamentándolo profundamente— a un trazado de las líneas generales, resultado de la Encuesta.

Se había suscitado el tema de las imágenes. Una corriente moderna pretende suprimir las imágenes de los templos cristianos. Yo puedo decirle a usted que un artista tan poco sospechoso de tendencias estacionarias como el pintor Tharrats, se declaró en favor de las imágenes, más aún de las imágenes más sencillas, de aquellas Vírgenes nacidas de manos poco presuntuosas, que, a pesar de su simplicidad, suscitan la devoción de muchedumbres enfervorizadas.

No podemos menos que recordar con emoción al pintor Tharrats hablando de aquella imagen de la Virgen de Siracusa, que era una imagen fabricada en serie, de escaso valor, y, sin embargo, por ella operó Nuestra Señora el Milagro. Precisamente, el Dr. Ainaud de Lasarte, al referirse al mismo tema, no pudo menos que recordar la opinión emocionada de Tharrats, testimonio como ya hemos dicho de quien no ha dado precisamente señales de gazmoñería estética en su carrera de artista.

Entre las cartas recibidas, una del poeta catalán A. Escasas, decía "Un templo sin imágenes es como una casa sin recuerdos ni familiares." Y Miguel Llosas nos escribía: "A la arquitectura pura le sobra la significación y, paralelamente, se ha dicho que era conveniente evitar en los templos cuanto los pueda distinguir, para sacudirlos de una adherencia histórica. A la propia arquitectura le sobra lo plástico y, a la vez, se ha afirmado la casi necesidad de que desaparezcan las imágenes de los templos y la de remendarlas de suerte semiabstracta, v. gr. con unos hierros retorcidos... o con un mero sentido de albañilería o de arquitectura."

La Encuesta consiguió centrar, con harta claridad, la cuestión de lo histórico y de lo vivo en el arte sacro. Como decía un artículo de Thomas Merton, que reproducimos en uno de los últimos números de CRISTIANDAD, no hay que confundir Tradición con Convención. Está claro que ni las personalidades que participaron en el Coloquio, ni los que espontáneamente, con aportaciones tan profundas como la de Vila o Llosas, han querido traernos el grano de arena, el valioso grano de arena, de su opinión, han caído en tal confusión.

Grave error cometería el que achacara a los participantes en esta encuesta un criterio cerrado, un criterio, por decirlo así, de las fórmulas ya caducadas un día. No se trata de caer en el riesgo que anunciaba el prólogo de una famosa colección de cuentos medievales, evocando al hombre que comía groseramente y era glotón porque así lo hacía su padre.

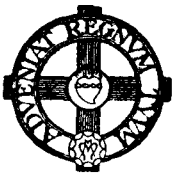
Los participantes en nuestro coloquio y en nuestra encuesta se percataron plenísimamente de las fronteras que suponen las distintas épocas históricas, y comprendieron que rechazar las deformaciones, y las rebeldías, de cierto arte enfermo, no supone, todo lo contrario, ponerse de espaldas a la vida.

"¿Por qué añorar el arte del pasado? — nos escribía el Padre Vleasco, S. J. El pasado puede ser un faro, nunca para repetirlo: se le evoca por lo que tiene de presencia y de lección. Y, como observó, Ainaud de Lasarte, la Edad Media sentía la Creación artística como un todo, como un trabajo de cooperación. En la Edad Media no era posible la actitud rebelde social del artista que, en su creación, obedece solo a su propio capricho y no a la funcionalidad de la obra: enaltecer su propia potencia creadora, ignora el destino del objeto creado.

Uno de los participantes en la Encuesta observaba, atinadamente, que, tomando del arte moderno la parte buena, podía ésta resultar útil y provechosa para la liturgia, y para la piedad. Se refería concretamente a la preocupación por el funcionalismo, a la realización de templos concebidos desde dentro, desde su misión litúrgica, y no desde el exterior, desde la fachada.

Así, sin rechazar las aportaciones justas de toda época a la Historia del Arte Cristiano, se proscriben claramente las aberraciones —condenadas por la Congregación del San Oficio— que deforman y caricaturizan la realidad en un afán de independencia absoluta del artista frente a toda voluntad que no sea su propio albedrío rebelde e insumiso, reñido con la armonía del Universo y con el Plan del Creador.

F. S. M.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Agosto - 1960

GENERAL: Que surjan y perseveren numerosas vocaciones al estado sacerdotal en la Iglesia del Silencio.

MISIONAL: Que crezca entre las jóvenes el número de vocaciones religiosas para las misiones.

IDEAS FUNDAMENTALES DE LA IGLESIA EN MATERIA DE ARTE SAGRADO

Palabras del Sr. Arzobispo-Obispo Dr. Modrego Casaus en la inauguración del Museo Diocesano de Barcelona, restaurado

Creemos conveniente aprovechar esta ocasión para recordar algunas ideas fundamentales de la Iglesia en materia del Arte Sagrado, que señalan su misión y lo ponen a salvo de posibles errores y desviaciones, dadas ciertas corrientes de arte en nuestros días.

Cuando Pío XI, en 1932, inauguró la nueva Pinacoteca Vaticana, pronunció estas palabras, que — en modestas proporciones — creemos poder aplicar a nuestro Museo Diocesano:

“Tantas obras de arte indiscutiblemente bellas en todos los tiempos como las que vamos a admirar, profundamente inspiradas en el pensamiento religioso... nos traen a la memoria (como por irresistible fuerza de contraste) ciertas llamadas obras de arte que nada tienen que ver con lo sagrado, sino que lo desfiguran hasta la caricatura, y muchas veces hasta la misma profanación.”

La Iglesia se ha interesado siempre por el arte que, según Dante, pertenece a la familia de Dios. Bondad, Verdad y Belleza son reflejo de tres grandes perfecciones divinas.

Si el solo nombre de Arte interesa a la Iglesia, con mayor razón si lleva el apellido de cristiano, religioso o litúrgico.

Lo que diferencia el arte sagrado del profano no es su valor estético sino su finalidad específica. Pío XI afirmaba que el arte sagrado “es el arte al servicio de la vida espiritual de las almas en sus relaciones con Dios”; y Pío XII (encíclica “Mediator Dei”) llama a las artes “nobilísimas siervas del culto”. Ahí radica la grandeza y responsabilidad del arte de tema religioso.

El arte sacro debe ordenarse a la gloria de Dios y al bien de las almas.

Frente a las dos grandes herejías iconoclastas que surgieron en la Historia — la bizantina del siglo VIII y la de influencia protestante del siglo XVI — la Iglesia ha afirmado rotundamente la legitimidad y utilidad de las imágenes, la razón de ser de su culto relativo; y ha dado disposiciones concretas para salvaguardar la pureza doctrinal y moral que deben siempre reflejar.

Voces autorizadas hablan de una nueva herejía iconoclasta irreligiosa en nuestros días. Entre tantas desviaciones actuales nos preocupa en gran manera el hecho de que un importante sector del arte no sólo prescinde de Dios sino que profesa un premeditado desprecio de la belleza del hombre y de la Creación, de la estética y de las obras tradicionales.

Nos consuela el saber que tales aberraciones no han penetrado en las Escuelas e Instituciones oficiales de Arte, donde se cultiva el tema religioso con dignidad y decoro.

Con la etiqueta de “Arte abstracto” circula mucha mercancía averiada — aun en estética pura — que va infiltrándose en el arte sagrado.

Sólo por vía de ejemplo citamos la supresión sistemática de las imágenes sagradas, o de los rasgos del rostro, con abusos de abstracción, que hemos visto en felicitaciones navideñas (“Christmas”), esculturas, medallas, estampas y recordatorios...

Recordamos nuevamente, y hacemos nuestro, otro párrafo del citado discurso de Pío XI que, en contraste con las glorias del pasado, señala los abusos del nuevo arte: “Tales obras intentan defenderse diciendo que van en busca de lo bello y de lo racional. Pero lo nuevo no representa un verdadero progreso si por lo menos no es tan bello y bueno como lo antiguo; y con demasiada frecuencia estas pretendidas obras de arte son sinceramente, cuando no sucientemente feás, reveladoras de la incapacidad o deficiencia de aquella preparación cultural necesaria — especialmente en dibujo — y de aquel hábito de trabajo paciente y constante, cuya carencia da lugar a producciones, o mejor dicho, deformaciones, en las cuales se olvida la misma novedad tan cacareada.” Lo nuevo, no por serlo, es moderno.

La modernidad no consiste en la ruptura y oposición con lo antiguo, sino en una adaptación perniciosa del espíritu tradicional a la progresiva evolución y empleo de los materiales y gustos — no caprichos — de la época.

La razón fundamental que implica la incapacidad religiosa del arte abstracto es la de que el arte cristiano, es decir, el arte inspirado en la vida y doctrina de un Dios encarnado, es por naturaleza un arte concreto, un arte figurativo.

Nos place recordar a este propósito unas palabras del Excmo. y Rvdmo. Sr. Nuncio Mons. Hildebrando Antoniutti, que se ha dignado presidir este acto y que varias veces se ha ocupado celosamente de la salvaguarda y dignidad del arte de la Iglesia. En el discurso de la sesión de clausura de nuestro Congreso Litúrgico Diocesano, celebrado en mayo de 1956, señaló la solución del problema del Arte religioso actual con estos atinados conceptos: “El artista cristiano, para desempeñar bien su misión debe sentir y vivir la religión; debe compenetrarse con el misterio o con el hecho histórico que quiere representar y poner en ello todo su fervor a fin de que su ejecución responda no sólo a los requisitos del arte, sino también a las exigencias de la Fe.”

Y el Papa felizmente reinante, Juan XXIII, el día 15 de mayo actual dirigió a la Unión Internacional de los Institutos de Arqueología e Historia del Arte un discurso del que son estas palabras: “La Iglesia, que se interesa por todas las manifestaciones de la inteligencia y de la sensibilidad humana y no rechaza la cultura profana, conserva de ésta cuanto nos manifiesta sobre la vida profana de los hombres. Ella nos enseña también que ese reflejo de lo divino, que excita nuestra emoción cuando lo contemplamos en las obras maestras del pasado, es una imagen muy pálida de la semejanza divina, según la cual hemos sido creados.”

Adviertan, además, que el arte tiene una función pedagógica para los fieles, lo cual exige que las imágenes sean inteligibles y piadosas.

Inteligibilidad que no debe confundirse, es claro, con vulgaridad anti-estética.

Una aplicación moderada de lo moderno que sea purificación de la realidad trivial — producto a veces de un reprochable industrialismo — para huir de un naturalismo exagerado y lograr mayor sublimidad religiosas, nos parece aceptable — tal como lo hicieron grandes artistas del pasa-

do (como el Greco) —, en mayor o menor grado, según sea la finalidad de la imagen, devocional, narrativa, glorificativa, simbólica o simplemente decorativa.

Dice la Instrucción de la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio sobre el Arte sagrado (30 de junio de 1952): "Debe prohibirse severamente que se expongan a la veneración de los fieles, multiplicándolas sin arte ni gusto en los mismos altares o en paredes adyacentes, estatuas o cuadros de mediocre valor y con frecuencia estereotipados."

La Iglesia ve con satisfacción y con amplia comprensión el actual renacimiento del arte cristiano; el retorno de los grandes artistas que vuelven a interesarse por el tema religioso; la resurrección de la pintura mural, del mosaico y de las vidrieras, que cuentan con nuevas posibilidades técnicas y expresivas. Pero la Iglesia recela de la actual deshumanización del arte, que con el pretexto de abstracción, tiende a la deformación y supresión de las imágenes.

No puede tolerar tampoco que los muros de la casa de Dios se conviertan en campo de experimentación, ni que los caprichos de la moda, en su afán de originalidad, se apoderen de las cosas eternas. Las cosas santas han de tratarse santamente.

En la citada Instrucción del Santo Oficio se afirma categóricamente: "No tiene ningún peso lo que algunos objetan: que no hay que acomodar el arte sagrado a las necesidades y circunstancias de los tiempos modernos. Pues el arte sagrado, nacido con la comunidad cristiana, tiene deberes, a los cuales nunca puede faltar."

Queremos transcribir finalmente como resumen y concreción de lo expuesto, el fragmento importante que escribió Pío XII en la encíclica "Mediator Dei" sobre la sagrada Liturgia:

"No se deben despreciar y repudiar genéricamente y como criterio fijo las formas e imágenes recientes más adaptadas a los nuevos materiales con los que hoy se confeccionan aquéllas, pero evitando con un prudente equilibrio el excesivo realismo, por una parte, y el exagerado simbolismo por otra, y teniendo en cuenta las exigencias de la Comunidad cristiana más bien que el juicio y gusto personal de los artistas; es absolutamente necesario dar libre campo también al arte moderno siempre que sirva con la debida reverencia y el honor debido a los sagrados sacrificios y a los ritos sagrados; de forma que también él pueda unir su voz al admirable cántico de gloria que los genios han cantado en los siglos pasados a la fe católica."

Una modesta estrofa de este cántico de gloria del Arte en servicio de la Iglesia, y de la Iglesia en favor del Arte, constituye el Museo Diocesano de Barcelona, donde los alumnos de nuestro Seminario podrán estudiar y gustar las bellezas del verdadero arte religioso y ser después en nuestra querida Diócesis de Barcelona, vigías expertos de la pureza del arte religioso, solícitos custodios de las obras que a ellos por razón del cargo estén encomendadas, y pastores celosos que hagan servir esas obras de arte para edificación y elevación de las almas de los feligreses y a mayor gloria de Dios.

ESPERANZAS DE UNION

En 1897 fue acogida una Carta del inmortal León XIII, que invitaba a una devoción más intensa al Espíritu Santo, con objeto de conseguir el retorno de los alejados a la Casa del Padre, con manifestaciones de áspera negativa, incluso de insoportable repulsa. Hoy, en cambio, el solo anuncio del próximo Concilio ha suscitado en seguida las mayores esperanzas y ha habido bastantes indicios del profundo deseo de nuestros hermanos separados de conseguir la unidad.

Y ¿qué diremos — continuó Su Santidad — de la magnífica respuesta del Episcopado de todo el mundo, de las Universidades católicas, a las preguntas hechas para que con la mayor libertad expusiesen sus opiniones y formularsen proposiciones?

Esta ha constituido un conjunto tan rico y consolador que nos confirma, a todas luces, que el Señor está con nosotros y responde con generosidad infinita a nuestras súplicas.

Así, pues, es intensa la emoción del corazón al comprobar con qué prontitud han prestado su consentimiento y colaboración todos aquellos en los que se refleja la gracia del Señor y la luz de la verdad.

Como primer resultado de tal visión de renovación y fervor, todos pueden sentirse animados a seguir por el camino emprendido día tras día con creciente afán; todos han de promover una intensificación de la oración, la unión de las almas con todo lo que hay de más sublime.

LOS PROBLEMAS DE LA NOVELA Y LA NOVELA CATALANA

Tengo sobre mi mesa un libro y una convocatoria. Un libro sobre la novela: "Problemas de la novela", de Juan Goytisolo (1). A su lado la convocatoria al Premio "Sant Jordi" de Novela Catalana.

El libro.—Aunque no cumulo con todos los puntos de vista de Juan Goytisolo, su colección de ensayos "Problemas de la novela" me ha hecho meditar. La psicología, lo psicológico—dice su autor—son términos ante los cuales se pone en guardia el hombre moderno. La novela psicológica del XIX—pensemos en Stendhal, en Bourget, en el mismo Proust—, a fines de siglo y a comienzos del XX, había llegado al análisis más implacable.

En este alerta contra la excesiva psicología, la psicología morbosa, enferma, que han padecido las letras europeas, estoy de acuerdo con Goytisolo. Tienen algo de radicalmente negativo esas posturas de análisis. Pero es que además, el arte es otra cosa, radica en otra zona de la realidad. Quéde-se para el científico el análisis frenético—difícil por otra parte de apurar, por arraigar muchos de nuestros actos en el subconsciente—. Pero el arte es otro mundo. No sólo otro punto de vista. El arte es un mundo diverso. Estamos en otra latitud, en otro clima.

La luz que el arte proyecta sobre la realidad es la luz de lo concreto. ¿Ha visto usted alguna pintura en que, por debajo de la objetividad—evocada o creada—, salte a la vista algo más subterráneo? La profundidad vive ya en el color, en la piel, en la superficie.

Los personajes del cuadro, de la novela, del film, tienen su psicología como todos los mortales; pero no es misión del artista, sino del psicólogo, desmenuzarla, estructurarla, ordenarla, como en un fichero, con minuciosidad.

Con nuestros actos y la intimidad, ocurre como con la mano que sale de la fuente chorreando agua. Los actos salen a la luz, chorreando intimidad. Pero el escritor, el novelista, no tiene otra misión—y en eso acierta Goytisolo—que registrar esos actos con toda la objetividad (una objetividad estética, una objetividad de creador, claro).

Si además el lector, y el propio novelista, acaban conociendo más íntimamente al personaje, como conocemos a un amigo a fuerza de tratarle, todo esto habrán ganado, lector y creador. Pero conocer por dentro no me parece la tarea más idónea para el artista.

No se hable de personajes sin psicología. Todos estos—hombres y mujeres—que vemos cada día por fuera, que pasan delante de nuestra puerta, de nuestra ventana, arrastran su mundo interior. No es menester haberlo escuchado para que exista. No es menester haberse dedicado a una tarea de analizador, para que los personajes, presentados en su aspecto exterior y en sus actos visibles, anden llenos de psicología profunda.

¿Acaso, antes de la novela psicológica, carecían de psicología las novelas? ¿No tuvieron su psicología Curial y Güelfa, Carmesina y Tirant, Garfín, Roboán, Don Quijote y Sancho, el hidalgo, el escudero y el muchacho de la novela picaresca?

El novelista se contentaba con el cometido pictórico, plástico, artístico. Y parece que, afortunadamente, hoy, des-

pues de hundirse en experiencias, como la del Naturalismo, ajenas al mundo del arte, el novelista cobra conciencia de su misión.

Sin que esta misión artística haya de confundirse con el esteticismo aséptico. Artístico es el culto de lo concreto y de lo real, aunque brote en pinceladas llenas de cotidianidad.

Otro de los puntos que parecen desprenderse del libro que comento—el de la deshumanización o la intrascendencia de la novela—me parece ya más discutible. Para el autor de "Problemas de la novela", hay que rechazar toda obra que encierre, o pretenda encerrar, una concepción, una interpretación o una respuesta a la vida y a sus acaeceres.

Pero el *angelismo*, como observa Maritain, es siempre peligroso. El anhelo, explicable, de crear una obra pura, desenganchada de todo ideal ajeno al puramente estético, en este caso al interés exclusivamente novelístico, es uno de los empeños más bellos e imposibles que ha tejido el hombre.

Siempre dejaremos en nuestra obra pedazos de la vida, de la propia respuesta ante la vida. No se me diga que es posible adoptar una actitud neutral. La vida no permite una neutralidad. Como observaba Van der Meer, son insoportables los tipos que pasan ante la vida con comodidad e indiferencia.

Me consta que no son a esos a los que admira Goytisolo. El novelista tiene demasiada sensibilidad, demasiado talento, para no responder. Y esta respuesta saldrá enganchada en su obra—aunque él se proponga lo contrario—. La obra, aparentemente más aséptica, más pura, suele revelar toda una visión de la vida, toda una personalidad.

Y no se crea que me muevo exclusivamente en una zona burguesa, intelectual. No se me replique que el novelista actual ha aportado el descubrimiento de las zonas del pueblo más sencillo, sin tantas complicaciones. En realidad, lo que hace el novelista no es más que volver a lo que ya existía antes, y el mismo libro que analizamos señala la novela picaresca como una de las raíces remotas de una postura actual.

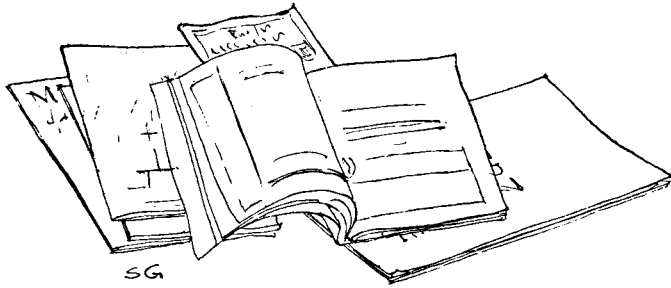
Pero es que el pueblo—Lazarillo, el Buscón o Sancho Panza—tienen también una respuesta para la vida. Analfabetismo no es lo mismo que necesidad. Sólo el que es rematadamente necio, se queda ante la vida como ante una realidad que permite encogerse de hombros despreocupadamente. El refranero—una respuesta fundamental—incluye la postura de un pueblo iletrado, pero con inteligencia y corazón.

El Premio.—Acaba de convocarse el Premio "Sant Jordi" de Novela Catalana. El Premio "Sant Jordi" constituye un acontecimiento en el mundo de las letras de Cataluña. La conmemoración de Juan Maragall, ha suscitado la convocatoria de un Premio de Novela.

La novela, el género más popular, se acerca a una de las mentes más preclaras. Sabemos que el Premio ha suscitado—está suscitando—espectación. La cuantía es importante (150.000 pesetas). El Jurado, que se reunirá para el fallo el día de Santa Lucía, es un Jurado de altura: Jorge Rubio, Gaziél, Martínez Ferando, Pons y Marqués, José Pla, Juan Petit y Juan Fuster.

FRANCISCO SALVA MIQUEL

1. JUAN GOYTISOLO: *Problemas de la novela*. Biblioteca Breve. "Seix y Barral".



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

HISTORIA DE CHINA, por René Grousset. Luis de Caralt, Barcelona.

En un volumen de 360 páginas, ilustrado con 34 láminas, el autor, miembro de la Academia Francesa y uno de los mejores orientalistas contemporáneos, nos ilustra sobre la evolución histórica de China. Con mano maestra están tratados los cuadros de la historia de ese pueblo que ha sabido mantener su espíritu propio tanto siendo dominador de medio continente como al ser invadido por hordas que se asentaron sobre su suelo durante varios siglos; sorprende descubrir en sus páginas el grado de refinamiento que alcanzó su cultura y su lamentable decadencia así como las mil facetas contradictorias del espíritu de los habitantes de la gran llanura amarilla de Oriente; la delicadeza de sus creaciones líricas, el inigualado arte de su cerámica, el estoicismo de su filosofía, la suavidad de su pintura, el heroísmo de sus guerreros, contrastando con los terribles dramas palaciegos; la refinada astucia de sus traiciones, y la sádica y refinada crueldad de sus castigos.

Ahora que la China ha dejado de ser un pueblo lejano y legendario para convertirse en una primerísima potencia que puede pesar decisivamente en los destinos del mundo, la lectura del libro de René Grousset resulta de lo más apasionante y lleno de interés para los lectores cultos.

L. S.

BREVE HISTORIA DE LOS CONCILIOS, por Hubert Jedin. Editorial Herder, Barcelona, 1960.

La convocación del próximo Concilio Ecuménico actualiza el tema conciliar y obliga a cierto conocimiento del mismo a toda persona de cierto nivel intelectual o religioso. La Editorial Herder al publicar este librito da facilidades para que todos puedan, con solo su lectura, adquirir los datos que familiarizan con las formas fundamentales observadas en los Concilios y su evolución histórica. La tabla cronológica ilustrada con el sumario de las tareas más importantes realizadas en las mismas la hace también aptísima para prestar muy útiles servicios a maestros, círculos de estudios, congregaciones, y todo el amplio sector que se interese por el hondo y grave problema que plantea el hecho de existir cristianos "disidentes".

L. S.

CATECISMO CATOLICO, 22 x 14 cms., 318 págs.; **GRAFICOS ILUSTRADOS DEL CATECISMO CATOLICO**, por Josef Breus, 22 x 14 cms., 122 págs.; **MANUAL DEL CATECISMO CATOLICO** vol. I y II, por Franz Schreibmayr y otros, 22 x 14 cms., 291 y 354 págs. respectivamente. Editorial Herder, Barcelona.

El conjunto de esos 4 volúmenes pone en manos del maestro y catequista el medio de inculcar a los niños y adolescentes el conocimiento de nuestra santa religión.

El *Catecismo católico*, trata de Dios y de nuestra redención; de la Iglesia y los Sacramentos; de la vida según los Mandamientos de la Ley de Dios, y va enriquecido con multitud de grabados.

Los *Gráficos ilustrativos* son un admirable complemento del *Catecismo* y constituyen un poderoso auxiliar del maestro y catequista, ya que en ellas se ha logrado representar con sencillez las cosas más difíciles, lo cual además de retener viva la atención de las alumnas durante la clase, les facilita la captación del contenido de la fe ayudándose del potencial cognoscitivo de la vista.

Finalmente, los dos volúmenes del *Manual* orientan exponiendo textos intuitivos, puntos doctrinales subsiguientes y consideraciones prácticas.

Es decir, Editorial Herder proporciona con estos 4 libros un bagaje completo y sólido de doctrina y orientación a los catequistas y maestros.

L. S.

EL CADIZ DE LAS CORTES, por Ramón Solís. Prólogo de D. Gregorio Marañón. Instituto de Estudios Políticos. Madrid. 562 págs. 24 x 17 cms.

Describe el libro la ciudad de Cádiz y la vida de la misma en su aspecto político, militar, religioso y comercial durante los años críticos de 1810 a 1813. No es precisamente la crónica oficial de la ciudad sino su vida entera, incluyendo también la oficial. Es obra documentada y de minuciosa exactitud y viveza descriptiva. Ante el lector del libro de Solís, "desplazados los gaditanos, desde los aguadores, los barberos y los comerciantes modestos u opulentos, hasta los abogados y los médicos, los militares, la gente de Iglesia, los petimetres y las señoritas, los diputados a Cortes, la multitud que vociferaba en las calles o asiste a las procesiones o a los toros; los innominados, en fin, y las grandes figuras... confundidos en la ciudad y en el tiempo, con la misma naturalidad con que alentaban cuando vivían".

Acompañan al texto numerosos grabados y va seguido de una extensa bibliografía.

L. S.

LA RELIGIONE DELL' ANTICO EGITTO, por Henri Frankfort. Editorial Scientifich Einaudi. 21,5 x 16 cm. 194 páginas y 22 ilustraciones.

Este libro presenta en forma clara y amena los más variados aspectos de la vida del antiguo Egipto en los diversos lugares y épocas de su historia. Describe de manera clara y brillante la experiencia humana por el trabajoso procedimiento técnico de interpretación y correlación entre la arqueología y la filología. A través de sus páginas surge la vida egipcia en toda la variedad de sus manifestaciones y en forma altamente sugestiva, especialmente a través del fascinante problema religioso, que informa y constituye la razón de ser de aquel pueblo estático, donde sólo lo inmutable y eterno tenía verdadero valor.

El difícil y trabajoso análisis de los jeroglíficos y el procedimiento técnico de su interpretación, acreditan la paciente y fatigosa labor filológica, arqueológica y etnológica del autor y confirma la fama que merecidamente goza.

L. S.

DE LA EDAD DE PIEDRA AL CRISTIANISMO: Marco histórico y cultural de la Biblia, por W. F. Albright. Editorial Sal Terrae, Santander. 21 × 16 cm., 320 páginas.

En un volumen de 21 × 16 cm. y 320 páginas presenta el autor una síntesis poderosa, riquísima en datos y puesta al día sobre tan interesante tema. Egipto, Palestina, Asia Menor, Mesopotamia, etc., reviven en su geografía y prehistoria. El autor, especializado en la investigación de las culturas antiguas, arqueólogo, filólogo, lingüista, historiador y hombre de enorme erudición y cultura, adivinó la era de la arqueología en los estudios bíblicos y su estudio se extendió a todo el ámbito cultural del Oriente antiguo, para ofrecernos en este libro los frutos de su investigación personal cada vez más positiva y constructiva respecto a la historicidad substancial y el mensaje religioso de la Biblia.

L. S.

LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS. Editorial San Juan Etudes, Usaqueen-Bogotá. 12 × 17 cm. 391 páginas.

Establece el libro, en primer lugar, un paralelismo entre la devoción al Corazón de Jesús según S. S. Pío XII expone en la Haurietis Aquas y la expuesta por San Juan Eudes en 1643. La necesidad y modo de honrar al Corazón de Jesús, San Juan Eudes, al decir del Cardenal Billot, S. I., "lo había encontrado no en una revelación privada hecha a él o a otros, sino en las más bellas páginas del Evangelio y las más puras fuentes de la teología". En la introducción, que consta de 20 capítulos, se expone, según las obras de San Juan Eudes, lo que representan el Corazón de Jesús en su relación con el Corazón de María para los hombres. Siguen dos series de meditaciones sobre el mismo tema; Misa y Oficio del Corazón de Jesús; preces; documentos sobre el establecimiento de la fiesta del Corazón de Jesús en 1672; Bula de canonización de San Juan Eudes, y reproducción íntegra de la Encíclica "Haurietis aquas".

L. S.

BERNARDO DE CLARVAL y O PAO NO DESERTO, por Thomas Merton, Editora Vozes, Río de Janeiro-Sao Paulo.

Trata el primero de estos libros de la vida de San Bernardo "el último de los Santos Padres de la Iglesia", figura dominante y sin duda ninguna la mayor de su siglo; le describe como hombre y como Santo; se refiere a sus escritos y comenta la encíclica del Papa Pío XII *Doctor Melifluo*, escrita en ocasión del octavo centenario de la muerte del Santo y la reproduce íntegra. Contiene también abundante bibliografía.

"O Pao no deserto" se refiere a los Salmos, verdadera teología del Antiguo Testamento, maná del desierto, alimento de la vida espiritual, sostén de la oración de los monjes que se levantan a medianoche para cantar con ellos las alabanzas al Señor. Se divide el libro en cinco partes: I. Salmo y contemplación; II. Poesía, simbolismo y tipología; III. "Sacramenta scripturarum"; IV. La perfecta ley de libertad; V. A la sombra de tus alas.

Nota el autor que ha seguido las normas establecidas en los recientes documentos Pontificios, especialmente en la viviente de la mediación de la Virgen, el cotejo del sacrificio de la Madre de Dios con el del Altar, la compasión sacrificial, carácter sacramental y capitalidad sacra, y femineidad y sacerdocio. La presentación, sobria y elegante a la par.

L. S.

DOÑA MAGDALENA DE ULLOA, por Camilo María Abad, S. J. Editado por la Universidad Pontífica de Comillas, Santander, 1959. 24 × 17 cm., 234 páginas, más unas 100 de documentación.

El nombre de Doña Magdalena de Ulloa es ya conocido a través de la romántica historia de la niñez de Don Juan de Austria, pero en el libro del P. Camilo Abad surge en el transcurrir de la vida ordinaria la figura majestuosa de la noble castellana que con el ejemplo de su ánimo generoso y sólidas virtudes supo forjar el carácter y temple heroico del vencedor de Lepanto.

La biografía de Doña Magdalena de Ulloa constituye por lo tanto, además del interés que despierta por sí misma como fundadora del Colegio de la Compañía de Jesús en Villagarcía — y haber empleado íntegras las rentas del mayorazgo de los Quijadas del que era usufructuaria — es un complemento de la vida de Don Juan de Austria, a quien debe la cristiandad uno de sus más gloriosos y decisivos triunfos.

El libro viene acompañado de interesantísima documentación.

L. S.

BREVE STORIA DELLA LITURGIA OCCIDENTALE, por Theodor Klauser, Catania. Edizioni Paoline, 1959.

El profesor Klauser, que enseña teología en la Universidad de Bonn, publicó hace diez años la obra "Abendlandische Liturgiegeschichte" que ahora, traducida al italiano, nos ofrecen las Ediciones Paulinas de Catania. Es una síntesis del desarrollo histórico de la liturgia occidental. Divide su trabajo en cuatro épocas: San Grtgorio Magno, San Grtgorio VII, y el Concilio de Trento separan dichas épocas y las diversas influencias que en ellas tuvieron lugar. Completa el volumen un estudio sobre el arte sacro, según el espíritu litúrgico. La obra del profesor Klauser presta un valioso servicio, al ofrecer tsta visión sintética y panorámica de las grandes líneas de la evolución litúrgica, de gran importancia para su comprensión.

A. L.

MELQUISEDEK O EL SACERDOCIO REAL, por Antonio Vallejo. Buenos Aires, 1960. Itinerarium. 23 × 18 cm. 164 páginas.

Centrado en el misterioso personaje del Antiguo Testamento, el estudio del P. Vallejo, de la Orden de San Francisco, ofrece amplia materia teológica y bíblica en un tono literario muy apto para la divulgación. Sobre el sentido literal de los primeros capítulos del Génesis, el P. Vallejo admite "que en la campaña sin tregua contra un literalismo irracional, enemigo de la ciencia y perturbador de la fe, se cometan de vez en cuando algunas injusticias no irreparables". Pero disiente totalmente de la sentencia adoptada por el Canónigo Coppens, de la Universidad de Lovaina, sobre la naturaleza del pecado original. Con mucha competencia y erudición da la doctrina bíblica sobre la religión y el sacerdocio unívocos, el sacrificio como acto religioso por excelencia, el sacerdocio y el sacrificio, la restauración del sacerdocio y la instauración del sacerdocio eterno. Unas conclusiones sólidamente establecidas acerca del sacerdocio de Cristo, la asociación a éste de todo el ser y la Vida de la Virgen María y de nuestra inclusión en él, se cierra el libro del P. Vallejo que nos ha parecido magnífico y de doctrina siempre bien fundada. Son de singular belleza los párrafos dedicados al sacerdocio de la Madre de Dios en aspectos tan interesantes como las notas sacerdotales de la maternidad divina, la mediación mariana, Caná, parábola cíclica "Divino afflante Spiritu" para la interpretación del sentido espiritual de la Escritura.

Francisco SEGURA, S. J.